

**Espuma**

**Tamara Domenech**

Tapa: Polimorfa. Óleo pastel sobre papel.

Espuma. Una novela en cuatro capítulos y un epílogo sobre el amor y la amistad, basada en una historia real. 2024.

Domenech, María Tamara

Espuma / María Tamara Domenech. - 1a ed -

Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Tiempo Dorado, 2024.

Libro digital, PDF/A

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-631-90601-2-6

1. Literatura Argentina. I. Título.

CDD A860

A mis amigas reales, imaginarias, fallecidas y vivas:

Mabel, Natalia, Virginia, Romina, Mariana, Victoria, Emilia, Alina, Rebeca, Luciana, Lucía, Rita, Adriana, Alicia, Cristina, Cecilia, Mariela, Fernanda, Silvina, Sirya, Agnés, Nélide, Esther, Irene, Malena, Mirtha, Paz, Eleonora, Valeria, Julieta, Amelia, Valentina, Noelia, Ana, Sol, Laura, Analía, Hebe, Renés, Vanina, Mercedes, Selva, María, Liliana, Almendra Fabiana, Úrsula, Luisa, Fátima, Fiorella, Wendy, Tamara, Nicole, Consuelo, Lelia, Blanca, María, Gabriela, Florencia y Vanna.

UNO

## Techo de chapa

Desde que tuvo memoria sabía que existía al lado de ella. En la casa lindante. Separada por una pared y un techo. De un lado de tejas. Del otro una chapa.

Una tarde, como cualquier otra, después de la escuela y la siesta, se encontraron en la vereda y, como se había largado a llover y, en la casa de una estaban encerando los pisos, fueron a la casa de la otra y escucharon las dos los mismos ruidos, solo que, para quien vivía bajo un techo de tejas, sonaban distinto. Pensó en la palabra platillo. Fuerte. Sonó. Un instrumento natural que acompañó su mirada por el espacio en el que estaban. Se percató de la existencia de un ropero de madera, en el cual toda la familia guardaba la ropa: un estante para cada uno, un barral de metal y un piso compartido para los vestidos, los sacos, los zapatos. Una cómoda con un velador, un portarretratos con una fotografía de cuando su vecina era bebé y un florero de cerámica sin flores.

Después se preguntó dónde guardarían los juguetes. Pero juguetes en esa pieza, que era una casa, no había. Si no una caja de plástico con hebillas y cintas de colores para el pelo para que fuera al colegio peinada como cualquier otra. Prolija. Divertida. Mimada por la mano de su padre que era quien la despertaba temprano para pasarle, una y otra vez, el peine y, con la paciencia de un artesano o un soldado que practica una destreza militar, engarzar el pelo para que no quedara fuera de la gomita, sino en fila junto a los otros. En ese silencio, provocado por la búsqueda de un refugio, miró el baño también, una letrina, y pensó en la flexibilidad de las piernas de su amiga para no tumbarse hacia delante, atrás, caerse dentro.

Observó las polleras y las blusas de la madre sobre el respaldo de una silla, lo que produjo que preguntara “¿dónde está?” y vieron que salía detrás de una cortina amarilla que la ocultaba de la calle y la exponía, por la claridad de la tela y la trama, repleta de pequeños agujeros hechos a propósito, quizá para que pasara el viento y refrescara el aire sin necesidad de un ventilador.

La niña se rió por cómo aparecía y desaparecía la madre de la otra, como por arte de magia, de adentro de una galera, trucos en los que, entre los tres, parecía que despistaban los días y las visitas.

En un momento, las dos tuvieron hambre pero no había qué comer, entonces, quien vivía bajo el techo de tejas, le dijo que pasaran por el fondo, debajo de un alambrado, hacia su casa, que a esa hora, seguramente, ya se encontraba limpia, en calma.

Y alrededor de una mesa se sentaron a comer. La lluvia no cesó en toda la tarde. Solo que dejaron de oírla por el ruido de la masticación.

Desde entonces sabe lo que significa techo de chapa de su rubia vecina. Con el pelo hasta la cintura. Perfectamente peinada. Sus dientes. Una enorme sonrisa y largas pestañas que invitan a la tarde a entrar por sus ojos. Un padre que la quiere. Una madre que la hace reír. La niña que vivía de su lado la admiraba.

## Sonrisas en el cuerpo

De un momento a otro, el cuerpo de su amiga cambió. Se dio cuenta por cómo comenzaban a mirarla sus compañeros. Durante los primeros años de la escuela primaria volvían caminando siempre solas. Pero, a partir de los dos últimos años, notaron que se les acercaban. No era para hablar de algo en particular sino simplemente estar a una distancia corta que permitiera dilucidar lo que ocurría. Como si alguien conocido se hubiera convertido en una flor, en un insecto, en una nube, eran ojos atentos a querer comprender algo que se olía, se percibía, un disfrute.

Es lo que su vecina había denominado “período de sonrisas en el cuerpo” y le había dicho “todos quieren estar con vos, los atrapás sin proponértelo”.

La amiga, que vivía en la casa del techo de chapa, no le respondía, no le daba importancia. Hasta que un día, sí. Un chico más grande, hermano de uno de sus compañeros, que iba al secundario que estaba al lado de la escuela primaria, se había adelantado con un cigarrillo en la mano. Fue en ese instante que se dejó llevar por el humo. Las figuras que salían de su boca. Vio una manera de hablar que quedaba plasmada de una manera efímera, como si los pensamientos bailaran.

Desde ese momento, la amiga, que vivía en la casa con techo de tejas, se adelantaba, entraba antes y la otra no, se demoraba en lo que creía, algún día, iba a llegar a comprender.

Pero el amor se le adelantó. El chico, tiró el cigarrillo antes de que se apagara y la miró. Ella no quitó sus ojos de la cara de él. Ni de su boca. Ni de su cuello. Él continuó, la besó y ella se dejó besar.

Al día siguiente, le contó a su vecina que le había parecido comer un fruto que nunca había probado, los labios del chico. Con un sabor dulce con un dejo amargo, se había producido una especie de fiesta en una parte que no entendía si era su mente o su corazón, pero de lo que estaba segura era de que había sido parte de una multitud. Para ella a quien nunca le habían festejado un cumpleaños, era la inauguración de algo que había pasado desapercibido, quizá para que no se pusiera mal, o triste, esas comparaciones entre una vida y la otra, en la que hay tortas, guirnaldas, vasos de colores y velas y otras en las que no.

Ese día, le contó a su amiga que entró hecha una furia a la casa, preguntándole a la madre y al padre, por qué no le habían hecho un regalo, una comida especial, o repetirle, a lo largo de un día, la palabra feliz o la frase que se cumplan tus deseos. Y como ellos no respondieron, se propuso tener dos festejos por año. Diez. Cien. Mil, porque bastaba dejarse llevar por esas golosinas que eran los besos de alguien que quería caminar a su lado.

## Cucharas desparramadas sobre un plato después de comer un postre

En las afueras de la ciudad el tiempo se regía por el paso del tren. Cada media hora se dirigía al centro y cada una hacia la capital de la provincia. Los vagones eran agujas de un reloj que funcionaba sobre dos rieles. Casi de manera perfecta. A veces, se descomponía. Y, durante ese lapso, se escuchan chismes y pájaros “Tal mujer no pudo ser atendida de niña y quedó con el brazo colgando, discapacitado. Tal hombre no tuvo con quién vivir y se hizo una choza en un terreno baldío. Tal chico fue aspirado por una droga espacial que lo llevó a vivir en el aire. Tal chica fue adoptada por una mujer que no tiene ni un fragmento de piel parecido al de ella. A tal marido le dio un infarto mientras tenía relaciones extramatrimoniales. A tal mujer la vieron con el padre de un amigo de la escuela de su hija”. Y así, se hojeaba un inventario de anécdotas antes de que existiera de manera masiva la televisión.

Ninguna de las dos chicas escuchaba, exactamente, lo que hablaban las personas más grandes. Pero quedaban palabras adheridas a la yema de los dedos, el pelo, el paladar. Para que pasara algo distinto, por ejemplo, ligero, suave y alegre, debían inclinar sus cuerpos en dirección contraria a lo que se decía. Y lo lograban torciéndose.

Así conocieron el significado de la aventura, peligro y amor. Hacían dedo para conversar con otras personas, conocer nuevos lugares, y entrar en sintonía con lo que no sabían que sentirían.

La chica de sonrisas en el cuerpo no le contaba al chico que la besaba lo que vivía durante el día con su amiga, sino que eso quedaba quieto, como un suelo crocante, al momento de encontrarse. El chico no preguntaba, era bastante tímido aunque su apariencia fuera canchera, o quizá porque eso, justamente, no le interesaba compartir con ella. Sino otra cosa. Golpear las palmas de sus manos en la puerta de su casa. Esperar a que saliera. Mirar las zanjas, el fondo turbio de las cosas que parecía que se movía por cómo corría el agua, sin detenerse. Después de unos minutos ella salía. Vestida, perfumada, maquillada y se subía en el asiento de atrás de una moto que producía un vértigo fácil, novedoso. Hasta la casa de él, en la que sus padres nunca estaban. Él parecía su único dueño. Mitad niño, mitad adolescente, mitad adulto. Abría la puerta, la cerraba, subía y bajaba las persianas. A su antojo, así entraba sonrisas en el cuerpo a la casa del chico y se quedaba hasta la noche, también hasta la madrugada. Ni la madre ni el padre de ella le preguntaban nada. Daban por hecho de que estaba bien, con alguien que la quería, la llevaba y la traía, en un lugar en el que había comida y mientras no dejara el colegio, no le iban a decir nada. Excepto, a veces, “qué tal te fue, ¿aprobaste, no?” Y ella contestaba al pasar, “sí”, de manera rápida, como si sonara el silbato de un guarda que apura el paso de los pasajeros que tienen que dejar un sitio, para ser trasladados hacia otro.

Y ella lo dio. Dio ese y otros más y le contó a su vecina, que había comprendido que lo único que la hacía salir del paisaje en el que había nacido era hacer el amor. Con ese chico. Se daba cuenta de que sus piernas y sus brazos quedaban como cucharas desparramadas sobre un plato, que era la cama, después de comer un postre.

## No te busques donde ya no estás

Un día, como cualquier otro, regresó a su casa. Al principio, iba una vez por semana, luego cada quince días, hasta que, con el paso del tiempo, una vez por mes. Se había acostumbrado a vivir con ese chico solitario, que luego de cinco años de escuela secundaria, se transformó en su novio. La familia de él había aceptado, de manera implícita, que ella se quedara porque, al no estar ellos, padre y madre, en todo el día, entendieron que era preferible que su hijo estuviera acompañado y no solo.

Lo primero que observó fue el pasto de la entrada crecido. Luego la cerámica con la imagen de la virgen de Luján, incrustada en la pared de ladrillos a la vista, del lado de afuera. A la que solían saludar cada vez que salían y regresaban a su casa. Abrió la puerta de metal con malla de alambre y vio a su padre en la silla, en la que su madre colgaba la ropa. Lo abrazó, y como lo vio callado, le preguntó si le pasaba algo y él le respondió “no te parece extraño que no veas, donde estoy sentado, la ropa de mamá” y ella “es que recién llego, no me di cuenta”. “Bueno”, continuó, “se fue y no sé dónde”, “hace cuánto de esto”, “casi un mes”, “por qué no me dijiste antes”, “cómo querés, si a vos tampoco sé dónde ir a buscarte”, “tenés razón, nunca te lo dejé anotado”.

Y entre los dos armaron un diagrama de los posibles lugares donde encontrarla: en lo de una hermana, en lo de otra, en la casa en la que una vez había trabajado, limpiando el *desastre* que dejaban los chicos, recordó esa palabra que pronunciaba cada vez que llegaba al hogar. Como no se les ocurrían otros lugares revisaron toda la habitación para ver si había dejado alguna pista, debajo de la cama matrimonial; debajo de la camita de al lado, en la que dormía cuando era más chica; en el ropero, en el aparador, dentro del florero, en el orificio en el que entraba la llave en la puerta del baño y nada. La mamá no aparecía por ningún lado.

En ese entonces, no se hacían denuncias, porque si se hacían se decía que las únicas que prosperaban eran las que involucraban a personas importantes. El dolor permanecía en silencio, escondido en el cuerpo, en un diario íntimo, en un papel de carta, en la mano de una amiga o novio que se posara sobre la que guardaba el secreto y, de esa forma, deducir, sin descifrar, que algo malo había ocurrido, por la temperatura de la piel, el sudor, la intensidad del contacto, el peso de los dedos que quedaban como dormidos o se desmayaban de solo ser entendidos.

Fue así como lo abrazó, el padre se dejó, mientras repetía “ni un collar dejó, ni un par de medias, ni un pintalabios”, frente a lo cual su hija lo consoló “qué más querés que se haya llevado todo, la alianza de casamiento, el vestido, alguna que otra foto, seguro que es para tenernos cerca; ya va a venir, papá” y le dio un beso en la frente.

No quería llorar, lo iba a ser después, no frente a ese hombre que la había peinado, cocinado y acompañado al colegio cada mañana. Era hora de cuidarlo, a ese peluche marrón con los ojos, levemente, caídos hacia los pómulos. Ella entendió que querían llegar a tocar su boca para sacarles una sonrisa y simplemente pronunció “estoy acá, yo nunca te voy a dejar solo, papá hermoso de mi corazón, si querés me quedo con vos” y él respondió que no.

Después de un rato en el que tomaron un café y dos panes tostados, ella se fue, intentando encontrar los ojos de la virgen, cuya mirada se dirigía hacia el piso. Donde

miraba ella sintió que se encontraba. Y le rogó “levantame” y sintió que la santa le transmitió una forma de pensar “no puedo mirar todos los ojos de la humanidad porque tanto dolor anularía mi capacidad de sanación o salvación. Me basta con que estén, se transforman en sonido, repiten conmigo una plegaria. No te busques donde ya no estás. Agarrá tu bicicleta y andá hacia adelante”.

## Una lágrima

Ni bien lo vio a su novio con una remera ancha, un bermudas claro, descalzo, un poco transpirado porque estaba cortando el césped, lo abrazó de una manera especial que él sintió y le preguntó, directamente, qué había pasado. “Mamá se fue, no sabemos dónde, no está”. Y lloró una única lágrima que cayó al suelo y de la cual, tiempo después, creció una flor silvestre con los pétalos azules.

Entre ellos dos más que palabras había un enorme paisaje que los invitaba a caminar en agarrados de la mano. Y así entraron a la casa. Él le hizo un té, nada para almorzar porque no tenían hambre y se recostaron en la cama. Primero con los ojos abiertos, y luego con los ojos cerrados. Escucharon, justo los dos al mismo tiempo, que se aproximaba algo nuevo. Esa ausencia, sin causa aparente, deseaban taparla con tierra para que germinara una presencia pura, una planta recién plantada con las dos manos ejerciendo presión hacia abajo, donde debe agarrarse la raíz, la que sostiene las hojas, especie de cara, ocultándose. Lo que le causaba tristeza no era la madre sino la palabra madre, porque quien se había ido era un monigote que no hacía otra cosa que posarse en distintos lugares de la habitación, sobre la cama, sobre la silla, a veces parada mirando por la ventana. Entendía que, desde hacía mucho tiempo, imaginaba una huida. Ella reía cuando jugaba a aparecer y desaparecer, al final, esa gracia adelantaba una ¿desgracia? Eso no se sabía todavía. Si estaba viva o muerta. O la desgracia era que se hubiera ido lejos. ¿A conocer, a pasear, a disfrutar? pero ¿a qué madre se le ocurriría hacerlo sin llevar a su hija? Entonces sintió su vientre, se puso las dos manos para palpar ese grito que permanece en silencio hasta que alguien ve la luz del mundo. Y deseó con todo su ser quedar embarazada. Tener un hijo para abrazar ese sonido profundo que son los ojos y la boca en sintonía con el corazón.

E hicieron el amor como nunca antes. Ella no pronunció sus sensaciones pero él las captó. El lenguaje de los cuerpos es verdadero. Y a través de ese movimiento removieron capas secas de la historia de cada uno, familiar, barrial y social. Un monstruo que caminaba pesado se volvía liviano. Y después sí, lloró más. No por la madre, exactamente, si no por lo que venía. Una madre para una hija del futuro que no la iba abandonar.

Al otro día, cuando se levantaron en la pieza de él, subieron la persiana. El sol entraba limpio e iluminaba la almohada y las sábanas. El alma de los dos hechas de objetos.

Él le dijo “quiero empezar a trabajar, puedo probar en el negocio de la esquina, así no tengo gastos en el transporte, en un rato voy a preguntar ¿me acompañás?”

Y ella se bañó, se vistió, se puso colonia detrás de las orejas y salió con él.

En el negocio, enseguida le dijeron que sí, porque lo conocían desde que había nacido. Sus padres eran clientes, les daba confianza. Y empezó ese mismo día, a acomodar mercadería en cajones de madera, por color, por textura, entre la verde y la madura, aprendió de aromas, a tocar en determinados lugares para saber si estaba para comer o había que esperar.

Ella comprendió que el trabajo separa a las personas que se aman. Pero, quizá, por algo era. Tenía que encontrarse más allá de él. Le iba a costar pero quería ¿vencer? la soledad, era una capa que tenía puesta desde la infancia ¿por ser única hija?, no sabía, pero tenía que desanudarla. Nada más.

## Juguetes comestibles

Cada mañana, desde entonces, su novio salía a trabajar hasta la esquina. Lo hacía de 8 a 12 y de 14 a 18 horas y volvía a su casa para almorzar y descansar. Uno de esos días se encontró con su novia que lo fue a buscar hasta la puerta y le pidió que entrara rápido porque tenía que contarle una noticia. Y era que estaba embarazada de su primera hija. Él al principio se puso contento, después muy nervioso y finalmente contento de nuevo. Se lo comentaron a sus padres quienes no se mostraron ni indiferentes ni felices, ya se lo venían venir y simplemente sonrieron. La madre del chico, al pasar le dijo a la novia “y cómo vas a ser durante todo el día, sabés que nosotros trabajamos mucho, no podremos ayudarte demasiado” y ella respondió “ya me ayudan un montón, dejando que nos quedemos acá, ya nos arreglaremos” y con esa inestabilidad que provocan algunos acontecimientos pusieron la mesa, prestando atención a cada detalle, como si, a partir de ese momento, tuvieran que poner en práctica el hecho de cuidar a una criatura. Luego de 9 meses su hija nació, creció y cuando estaba por cumplir dos años, nació otro hijo, y a los dos años uno más.

Una nena y dos varones. La nena físicamente era igual a la madre y tenía mal carácter. La novia convertida en madre se preguntaba si acaso, su hija, quien se mostraba siempre enojada, no percibía el silencio extremo de la casa, el bullicio que se producía de golpe en la noche, cuando todos llegaban o que el padre no estaba en todo el día porque con los tres tuvo que trabajar el turno entero.

El segundo, físicamente era igual al padre pero con un carácter explorador que nadie sabía de quién lo había sacado. Quizá de la abuela materna que se había ausentado y desconocían el paradero. Ni bien abría los ojos ya quería estar afuera. Le atraía cada detalle que veía. Nunca lloró, sin saber hablar, se comunicaba a partir de parpadeos, una vez que se aburría con lo que veía, por ejemplo, con una planta en el jardín, cerraba los ojos, los volvía a abrir, y la madre cambiaba de posición el cochecito y se quedaba mirando un pájaro, un gato y así todo el día. Y el tercero, no se parecía a nadie, era único, se portaba bien, nació como si hubiese entendido que la madre lo iba a amar pero no podría prestarle la misma atención que a su primera hermana, sencillamente, porque ya eran tres, entonces se conformaba con estar a una distancia mínima en relación a la madre, como la de una taza y un plato dentro de un aparador ordenados por tipo de vajilla según la comida.

La novia pasó de vivir en silencio a vivir en un alboroto eterno, los lloriqueos de la más grande, las ruedas del cochecito de un lado al otro del segundo, el cuerpo lo más presente posible para el tercero, mientras hacía mandados, pelaba la verdura, la ponía a hervir, cocinaba, lavaba los platos y la ropa.

El momento en el que podía descansar era cuando llegaba el marido con fruta fresa y, ante los ojos de todos, hacía un espectáculo para que los hijos comieran. Tallaba peras, frutillas, uvas, manzanas, duraznos, lo que fuera con forma de osos, elefantes y perritos. Mientras los chicos se reían, ella aprovechaba para salir al patio y encender un cigarrillo. Cada vez que aspiraba el humo lo retenía en sus pulmones, la mayor cantidad de tiempo posible. Era una manera de estirar el tiempo para ella. Si bien nunca había fumado, con el

nacimiento de sus hijos, lo necesitó, solo quería atrapar algo que era para ella y nadie más.

## Empezar a notar algo en la respiración

La novia del hijo comenzó a darse cuenta de que el padre y la madre de él llegaban cada vez más tarde. Lo que producía que se le sumara una tarea más a todas las que había realizado. En cambio de descansar pensando en la idea de que uno de los dos cocinaría la cena, terminaba haciéndola ella a su pesar. El menú que se repetía a diario era verdura hervida que traía su novio al mediodía de la esquina donde trabajaba. Con sal y un chorrito de aceite. El mismo que parecía pegotear cada palabra que intercambiaban por no decir la verdad. “Qué rico”, “para cuándo algo distinto”, “con tantas recetas que se podrían hacer con una simple papa”, eran frases de los padres, mientras que su novio, el hijo, se mantenía distraído respecto de lo que pasaba, no le daba importancia, lo que provocaba peleas entre ellos dos cuando por fin se quedaban solos, después de haber hecho dormir a cada hijo. Ella le decía “¿no te das cuenta de cómo me tratan?, no eran así conmigo. Tenemos que pensar en irnos; qué les cuesta salir unos minutos antes de sus trabajos, para mí que mienten, tus papás son unos mentirosos, andá a saber qué estuvieron haciendo todo este tiempo, desde que sos chico, que nunca llegaron a horario para estar con vos; ahora con tus bebés pasa lo mismo, les traen recuerdos, no te quedés mirándome, idiota”. Nunca lo había insultado, era la primera vez. Y él, frente a esa cachetada que son algunas palabras, dichas por una determinada persona, en un momento singular, le respondía “¿te parece hacer tanto lío con todo lo que nos dieron y nos dan?, ¿dónde estaríamos si no fuera por ellos?” Y ella sintió como un puñal una verdad, porque no había trabajado para ganarse el alimento, su vida había sido un mazo pequeño de figuritas, entre su infancia, la escuela, y él. Entonces, si bien sabía el trabajo que le llevaba atender a cada uno los hijos que había querido tener, dudaba, seriamente, de que los demás lo sintieran y la valoraran, entonces para qué se iba a quedar ahí, esperando qué.

Ese día se fueron a dormir pero ella no pudo cerrar un ojo en toda la noche. Escuchaba la respiración de su novio, tranquila como si no hubiera pasado nada; la de su hija más grande, más pronunciada; la del hijo del medio, entrecortada, y la del menor hacía un silbido como una pava en ebullición sobre una hornalla encendida al máximo.

Se levantó de la cama antes de las seis de la mañana, y también escuchó las respiraciones apuradas del padre y la madre de su novio, para llegar a horario vaya a saber adónde, al tiempo que mordían de pie cada uno, una tostada.

Salió al patio sin que nadie la viera, encendió un cigarrillo y se detuvo en la luna.

Porque a esa hora, la luna sigue en el cielo como si desconociera que le toca iluminar el día al sol. “¿Se queda trabajando de más?”, pensó, mientras una nube pasó y la ocultó de una manera pasajera. “¿De qué le sirve, por qué lo hace, si nadie la va a compensar?”, y, cuando la volvió a ver redonda de nuevo, creyó ver un espejo que, desde una distancia cósmica, le preguntaba “vos también podés irte de donde estás, qué te detiene, qué esperás, las soluciones aparecerán si no dejás de moverte”. Le pareció ridículo creer que la luna le hablaba, pero aun así, le hizo caso.

Se bañó, se vistió, preparó el desayuno para los chicos. En cuanto se quedaran ellos cuatro, armaría los bolsos para irse a otro lugar que le permitiera pensar o respirar sin sentirse en deuda, apurada por pagarla.

## Por un integrante

Una vez que acomodó las cosas de ella y de los chicos, éstos le preguntaron con palabras balbuceadas adónde iban. Y ella de una manera triste y a la vez segura les contestó “vamos a la casa de mi papá, conocerán a su abuelo materno”. Y sin que hubiera repreguntas, como por ejemplo, “y por qué llevamos tantas cosas, o ¿lo vamos a conocer o vamos a vivir con él?”, se fueron.

Así llegaron al dormitorio en que ella había nacido. Ni bien entró, con un cochecito y dos niños agarrados uno de cada mano, vio al padre que se levantó enseguida de la silla, en la que siempre colgaba ropa su madre, la abrazó y luego a cada uno de sus nietos que veía por primera vez.

Ella le dijo “pá, ando necesitando un tiempo y un espacio para pensar, si no te molesta, me quedo” y él “el tema es el espacio, como bien sabés” y ella “no te hagas problema por eso, por ahí vos podés dormir en la que era mi cama y yo con los tres chicos en tu cama matrimonial”. Y él “se quedan”.

Las respuestas de su padre, eran el oxígeno que precisaba respirar. El hecho de que no le hiciera preguntas, que se amoldara a las circunstancias, que no le reclamara nada, ni siquiera el hecho de que no haya ido a presentárselos antes, era sinónimo de una incondicionalidad.

Ella, al principio, lo notó viejo y cansado de ¿esperar a su mamá, a que ella, su propia hija, lo fuera a visitar, a que pasaran cosas que alteraran la monotonía? pero, luego, contento. Quizá porque estaban compartiendo algo que nunca habían vivido.

Así fue que encendió la garrafa, puso una cacerola a hervir, echó un paquete de fideos, mientras ella acomodaba las cosas como podía y los chicos jugaban en la cama.

Una vez que almorzaron, ella sacó de una de las bolsas unas mandarinas y unas manzanas que había seleccionado de la frutera de la casa de su novio y, así, al pasar, porque sí, se dio cuenta que con esas cáscaras había hecho paisajes sobre la mesa cubierta por un mantel de hule marrón. Toda la tarde se la pasó inventando cuentos a partir de esos dibujos y una vez que hizo dormir la siesta a sus hijos, buscó pegamento en su antigua cartuchera y pegó sobre hojas lo realizado en el mantel. Armó, de esta manera, libros de cuentos para entretenerlos en las tardes venideras.

Cuando terminó, salió a la entrada de la casa habitación y encendió un cigarrillo que enseguida apagó en un pequeño charco de agua porque escuchó que su hijo más chico respiraba con ese silbido del día anterior, solo que esta vez más fuerte, era como el de un tren a vapor, cada más intenso. Entonces, entró, sin despertarlo, lo alzó, le pidió al padre que se quedara con los otros dos y lo llevó a la guardia del hospital que estaba a muy pocas cuadras. Esperó tres horas, ya no sabía qué más hacer para tener a upa al bebé y que no se escapara por los corredores siempre fríos. Una vez que lo atendieron le dijeron “es por el clima, hay chicos a los que esta humedad los enferma, por falta de viento que la seque” y mientras compraba un remedio para paliar la mucosidad y la despidiera completamente de su cuerpo, pensó en que lo mejor, quizá, era irse a vivir a otra ciudad. Que por un solo integrante de la familia tenía sentido moverse para que todos respiraran mejor.

## Buscar hasta encontrar

Ese mismo día, alrededor de la hora la cena, su novio fue a buscarla. Ella le abrió la puerta como la adolescente que era, como la adolescente que había sido, enamorada y triste al mismo tiempo. Él le dijo “¿cómo te vas a ir sin avisarme?, estaba súper preocupado” y ella “si hubiera sido tal cual decís, ¿no creés que tendrías que haber llegado antes?” y él “es que no podía no ir a trabajar, sabés que me descuentan y después los que no comemos somos nosotros, ellos no tienen problema” y ella “esta charla no tiene sentido, es mejor que terminemos y listo, no te diste cuenta cómo me contestaste anoche?” y él “me parece que estás exagerando” y ella “no exagero nada, los defendés y no te culpo por eso, hacé lo que quieras, a mí me da igual, pero te tenés que enterar que ahora sos padre y deberías dejar de comportarte como un hijo obediente y abandonado” y él “no seas cruel, no necesitás decirme así, siempre te quise y te voy a querer, a ver decime qué tengo que hacer” y ella “dejar las cosas como están. Desparramadas, como si fueran las mantas pesadas de una cama que durante la noche dos amantes dejaron caer al piso. Eso es crecer. Dejar las cosas como están y sin agarrar nada de lo que eras y tenías, enfrentar lo que ya sos, lo que ya hiciste” y él “pero adónde querés que nos vayamos si no tenemos un peso” y ella “peso es lo que siento en mi corazón, cada vez que tus padres pronuncian barbaridades con el tono de una humorada y creen que no me doy cuenta. Saltan sobre mi pecho como si fuera una cama elástica” y él “no digas cualquier cosa. Dale, volvé, podemos tener una charla los cuatro, aclarar los malos entendidos como en cualquier familia para una mejor convivencia” y ella “es que no fueron malos entendidos, pensarlo así debilita la fuerza que tengo que tener para criar a los chicos, sobreponerme a esas frases que pican y rebotan en un frontón que es mi cabeza, qué les hice yo a ellos, qué te hice a vos, acaso ¿se debe a que no llevo dinero? Yo creo que sí, y quizá tengan razón, ya es hora de ganar mi plata para decidir qué comer, dónde pasear, elegirles la ropa a nuestros hijos, y por qué no, a mí también” y él “¿es decir que no vas a volver?” y ella “no” y agregó “además ayer fui a la guardia por la respiración del más chico y el médico recomienda que viva en un clima más ventoso, que seque la humedad que es lo que irrita sus pulmones” y él “con esto que me decís, les podría preguntar a mis padres si podemos ocupar, por un tiempo, la casa que tienen cerca del mar, qué te parece, ¿estás de acuerdo?” y ella “solo con la condición de que vayamos juntos y estando allá busquemos otro lugar para alquilar, no vaya a ser cosa que lo que ya ocurrió se repita durante el verano” y él “ya veremos” y ella “¿alguna vez podrías afirmar algo a mediano o largo plazo?, necesito seguridades” y él “pero no es que no te las quiera dar, es que no las tango” y ella “con las palabras inventalas y regalámelas, no te pido cosas, te pido un poco de cariño e imaginación” y él “lo voy a intentar. Ahora me gustaría ver a los chicos” y ella “es que ya están dormidos y si los despertás, quién se va a quedar sin dormir” y él “si pasa eso me quedo yo” y ella “me convenciste”.

Él entró a la casa habitación y saludó a cada hijo. El de respiración intranquila se despertó y se quedó esa noche hasta dormirlo, mientras su novia lo hacía en una silla sentada y el padre de ella en la cama de un plaza.

El novio a la madrugada agarró la mano de su novia. Ella sintió que la mitad de su corazón estaba en esa mano. Que al juntarlas funcionaba al cien por ciento, de una manera serena y confiada, la sangre iba y venía alimentándola.

## Sueño y realidad

Si bien se durmieron en calma, el pleno funcionamiento del corazón, a veces, la traicionaba y producía pesadillas.

A la mañana siguiente, ella le contó, mientras tomaban un té en el jardín, que por primera vez veía una hermosa torta de chocolate, de dos o tres pisos, no se acordaba bien, que giraba, como una calesita, gracias a un motor ubicado en el centro de un plato de madera, con un castillo hecho de obleas, también bañadas en chocolate, con los techos de distintos colores de papel glasé, esa obra de arte era para ella, no sabía quién se la había regalado para soplar las velas y los deseos nuevos.

Pero, en un momento dado, cuando una persona que tampoco recordaba quién era, daba una orden, la torta paraba de girar así podía cortarla y servir porciones a cada uno de los invitados, que no estaban.

Cuando esto ocurrió, ella agarró el cuchillo y cortó desde un centro imaginario hacia su panza, y descubrió que algo se movía. Eran miles de hormigas negras que estaban haciendo su propio reinado dentro del postre. Habían construido escaleras, pasadizos, túneles, ventanas, puertas, campanas, dormitorios, lámparas que solo iluminaban la oscuridad.

En la vigilia y mientras tomaba el segundo sorbo de té, le comentó si eso que había soñado no sería una antelación de lo que podía llegar a pasar, en el caso de que su novio le pidiera prestada la casa de la costa. Es decir, tras una aceptación por parte de los padres, y creer que estarían en una especie de castillo, darse cuenta, en realidad, que no era tal, porque le faltaba mantenimiento, o se mostraba intacta por fuera pero por dentro era una ruina, lo que provocaría que tuvieran que trabajar sin parar, como esas hormigas, dentro y fuera de la casa para comprar los materiales que le harían falta.

Él le respondió “no tiene sentido especular, dejame terminar el desayuno y hablo con ellos directamente. No nos adelantemos, para qué ponernos mal”.

Y fue directo al trabajo y luego a hablar con sus padres quienes, ante el pedido, le respondieron “no podemos creer lo que nos pedís, no parecés nuestro hijo, que quieras irte tan lejos, por un simple comentario, ¿tan lastimada se puede sentir a quien dejamos vivir con nosotros durante todo este tiempo?” y él “es que quizá es eso, necesitamos un tiempo para saber quiénes somos siendo padres, ahora nosotros dos y nuestros hijos” y ellos “y qué van a hacer en un lugar tan poco habitado, sin posibilidades concretas de trabajo, sin familia, con tantos chicos. Y él “además el médico del más chicos nos aconsejó que sería mejor que viviera en un lugar ventoso por el tema de la respiración” y ellos “hacé lo que quieras, hagan, mejor dicho, las llaves ya sabés donde están”.

Y así fue como durante un mes se quedó trabajando para poder cobrar y con ese dinero pagar los pasajes de una vida que no sabía cómo sería, mientras dormía un día con su novia, un día en casa de sus padres porque no se quería ir peleado.

Después de transcurrido ese tiempo, sacaron los boletos de micro, empacaron sus cosas y llegaron donde nunca habían ido juntos. Ella no conocía el mar.

Iba a ser la primera vez que los chicos chapotearan en el agua y los cinco dejar que la brisa clara los cubriera como un manto protector del porvenir.

**DOS**

## Encontrarle la vuelta a un collar

Antes de ingresar al nuevo hogar, ella pensó “ah, creía que iba a ser distinta, parecida a la que vivíamos antes. No me imaginé que estaba sin terminar” pero no dijo nada porque no quería adelantarse a algo que no sabía completamente. Quizá, podía pasar que, por fuera, transmitiera una cosa y, por dentro, otra, no quería prejuizar. Él colocó la llave en la cerradura, la puerta abrió lo más bien, y vieron que no solamente era un espacio muy pequeño, sino a medio hacer también. Había un hall de entrada, un poquito más al fondo una cocina y un poquito más allá un dormitorio. A toda la construcción le faltaba revoque, los pisos parecían estar apoyados sobre suelo, no pegados, y los únicos muebles que habían eran: una cama cucheta entre el hall y la cocina, una cama matrimonial en el dormitorio, una mesa y tres sillas.

Es decir, que faltaban, por un lado, lugares de guardado; por el otro, terminaciones, como así también mobiliario.

Los dos se mostraban contentos con la travesía que habían podido realizar y desilusionados. Era la vida en estado puro. Como el viento de mar. Que te daba y te quitaba cosas.

Él, enseguida quería acomodar y ella, antes, lo obligó a limpiar. Y, como los chicos eran muy chicos y no podían dejarlos solos, ni había entrenamientos, ese día se turnaron.

Él los llevo a la playa, a conocer un nuevo lugar, y ella se quedó pasándole un trapo a cada cosa, de la que, de manera interminable, salía polvo. Luego, caminó por el barrio para buscar cajones de manzana donde guardar la ropa, la vajilla y los juguetes y, mientras regresaba de ese primer contacto con el paisaje, arrancó flores silvestres para ponerlas en un vaso con agua y decorar la mesa y también dos o tres gajos de una planta carnosa, parecida a la que ella conocía como “rayito de sol”.

Al mediodía, se reunieron para almorzar, fideos hervidos, producto de la energía que les había quedado y cuando los chicos durmieron la siesta, se quedaron conversando sobre el porvenir.

Él le dijo que al día siguiente iba a ir a recorrer los comercios de la zona que, por cierto eran escasos, y ella también quería trabajar pero no tenían plata para invertir en algo, o pagar el colectivo, imprimir un currículum, algo por donde comenzar a cambiar. Tenía que esperar a que su novio trajera el dinero, los chicos comenzaran el jardín y ahí sí, emprender una historia como trabajadora que recibe un salario a cambio de una actividad.

Los chicos, esa tarde, pelearon todo el día. Los dos estuvieron hablándoles, separándolos, poniéndolos en penitencia.

Hasta que a ella se le ocurrió plantar los gajos, que había cortado, en el jardín y los convocó con unas cucharas a remover la tierra. Con esta herramienta y luego la manguera, que ella abrió de manera suave, para que no se empaparan del todo, logró entretenerlos.

Mientras eso ocurría recordó la cajita donde su padre guardaba las hebillas y las gomitas con las que la peinaba. “La vida pareciera ser un accesorio, una alhaja que nunca se cansa de enredarse. Tendré que tener mucha paciencia para abrir la tapa, como si fuera una puerta, una ventana y encontrarle la vuelta a cada cosa, como si fuera un collar”, pensó.

## Días fotocopias

El primer año, en aquel pueblo balneario de la costa atlántica argentina, fue exactamente igual que el segundo, el tercero y así sucesivamente.

El novio salía a trabajar, había conseguido un puesto como vendedor de pan, con lo cual ese alimento nunca faltaba; a la tarde, realizaba changas de albañilería que aprendió de un conocido de su papá, para hacer algo más de dinero, creyendo que algún día iba a poder terminar la vivienda que le habían prestado.

La novia y madre de tres chicos, al principio se la pasó limpiando; cuando comenzaron el jardín llevando y trayéndolos; cuando comenzaron el primario buscando maestras particulares; cuando fueron adolescentes rezongando porque no sabía a la hora que volvían, o se daba cuenta de que le mentían. En fin, fueron días fotocopias que abarcaron casi dos décadas.

Sobre un papel blanco imaginario sus zapatos dejaban huellas negras. Era el personaje secundario de una extensa novela que tenía como protagonistas a sus hijos, con sus problemas escolares, el cuidado de su salud, el alimento que había que prepararles, un cuerpo en funcionamiento para otros. El engranaje de una máquina que se desgasta. Ella intentaba hacer todo lo mejor posible, pensaba en lo bueno que había tenido para inculcárselos, en lo malo para evitarlo, los amaba pero necesitaba vivir algo que la hiciera sentir, dejar de calcular el tiempo y el espacio en el que se movían.

Una tarde, mientras los chicos estaban en la escuela, salió afuera y encendió un cigarrillo y dijo "por fin están en un lugar que permite que la casa esté callada. Mi silencio a qué se parece: ¿al murmullo del mar a través de un caracol, a una televisión encendida, a la frecuencia distorsionada de una radio, a una nube que borra o propone algo por hacer? Y observó la caja de herramientas de su novio por ahí echada. Y una maceta con forma de un cisne, que estaba en el mismo lugar desde que habían llegado, y, sin pensar demasiado, agarró un martillo y comenzó a raspar la punta del pico, la boca, los ojitos, las alas descascaradas. Y se dio cuenta, pasado un rato, que no podía dejar lo que había empezado, así continuó toda la tarde hasta que desapareció quien estaba a la vista de todos pero roto.

Sintió una sensación de liberación asustada. Porque de no darse cuenta cuándo detenerse, con ese criterio, podría haber seguido por toda la casa. Los platos cachados, las tazas, las asaderas oxidadas, las sábanas y las toallas roídas, la ropa deshinchada. Hubo en esa extraña tarde un hilo, del cual su mente se colgó con dos broches de fantasía, que la hizo entender que podía romper con la condición de crear algo con los mismos materiales con los que estaba hecho el pasado.

Así fue que realizó un camino, desde la calle hasta la entrada, con cientos de pedacitos de lo que había estado quieto. Caminar sobre el tiempo que pasaba desapercibido era una forma de llamarse.

Cuando todos regresaron de sus quehaceres no se percataron de que faltaba algo.

Tampoco de la diversión o dificultad que causaba pisar "pedritas" para entrar a la casa. En eso que los otros no se daban cuenta que estaba, se encontró.

## Adopción

Al día siguiente, sintió que en su cuerpo se instalaba una verdad y una mentira. Verdad, porque comenzó a creer en lo que ella era capaz de hacer por fuera de las obligaciones domésticas y mentira porque se los había ocultado a los integrantes de la familia. ¡Qué hubieran pensado sus hijos y novio sobre el hecho de que había destruido un animal de cemento para construir un camino, por ahí nada, ¿por ahí sorpresa?, “qué te inspiró, qué bonito quedó!”; ¿miedo? “por qué rompiste algo que era muy tierno”; ¿bronca? “quién te dio permiso, cómo no preguntaste antes”; ¿curiosidad? “cuánto tiempo hacía que lo teníamos, en qué momento de la relación los padres del novio lo habían comprado, quiénes se lo habían regalado, qué valor afectivo podía llegar a tener una maceta, cómo afecta la ausencia de un objeto la convivencia entre las plantas”.

Entonces, creyó que lo mejor era salir a caminar por el pueblo en busca de oportunidades que la hicieran estar, pensar, hablar con otros y dejar de hacerlo consigo misma.

Se bañó, se vistió con el pantalón y la camisa más prolija que tenía para entrar en cada negocio y pedir trabajo. Con ese dinero, podría comprar cemento, yeso, arcilla y confeccionar lo que tuviera ganas. La verdad a la que había arribado se relacionaba con las manos, que araban su mente en pos de algo que estaba por venir: nuevos animales, cuerpos, caras en el jardín.

Entró a cada uno, de los pocos locales, que existían: una panadería, una heladería, una mercería, una ferretería, un kiosco, una tienda de ropa y una veterinaria. Y, si bien todos la atendían con amabilidad, no podían ofrecerle un puesto concreto porque, sencillamente, no había.

Antes de retirarse de la veterinaria, observó una vitrina con decenas de cachorros. Se agachó para verlos mejor y preguntó si se vendían y le respondieron que podía elegir el que quisiera porque estaban en adopción. Ya le parecía porque no eran de raza o por lo menos, no de las que ella reconocía, eran crías de las perras que vagabundeaban en la playa. Los dueños tenían un programa para curarlos, cuidarlos y castrar a las hembras para que no se expandiera la rabia, la muerte por frío o inanición.

De entre todos, pidió alzar a uno que tenía los ojos de su madre, dos rayitas cortas y finas, a medio abrir, siempre con sueño o preguntas “dónde estoy, quién soy, cómo llegué aquí, me quiero ir”.

Y le cumplió el deseo. El perrito le lamió la mano, dio sus datos personales para que completaran las planillas de adopción y salieron del lugar.

Volvió, como había ido, caminando, 70 cuadras de ida y las mismas de vuelta.

El sol al mediodía era total. Llegó a su casa sedienta y agotada. Colocó leche con migas de pan en una compotera de plástico y se lo dio al perrito y ella comió lo mismo pero en una taza y dos tostadas. Luego, se lo puso en la panza y se quedaron dormidas.

Recién se levantaron cuando los chicos llegaron del colegio, porque con la edad que tenían venían los tres solos.

Al ver a la nueva mascota se pusieron tan felices, que la madre sintió un alivio por lo que había hecho el día anterior que no les había contado. Se dio cuenta que podía ser mentirosa y tierna a la vez. Y entre risas y caricias, los opuestos se abrazaron.

## Vereda

A partir de que había adoptado una mascota se veía obligada a salir. Se había propuesto, mínimo, dos paseos por día. Ni bien salían los hijos a la escuela, y cuando bajaba el sol. Al regresar por la mañana una de esas veces, vio por primera vez a quien era su vecina. Se saludaron y, como ninguna de las dos ingresó enseguida a sus respectivas casas, se quedaron conversando:

La novia y madre de tres hijos le preguntó:

\_ ¿Hace mucho vivís acá?

\_ Desde hace 20 años que mis padres decidieron mudarse desde Capital Federal. Mi idea era volver a estudiar en la universidad pero mis padres enfermaron y me quedé a cuidarlos. Luego, ellos fallecieron y nunca me decidí a vender. Ustedes también hace bastante que llegaron, ¿verdad?

\_ Sí. Vivíamos en las afueras de la capital de la provincia, en la casa de mi novio pero nos cansamos y decidimos ver si, mudándonos, cambiaba un poco el destino. Qué increíble que no nos hayamos detenido a charlar, y eso que tenemos más o menos la misma edad. ¿Te puedo preguntar a qué te dedicás?

\_ Por supuesto, no tengo un trabajo formal. Soy artista y vivo con la pensión que tramité por la muerte de mis padres. En este pueblo no necesitás mucho, no gastás de más, con lo cual, me las arreglo bastante bien. ¿Y vos?

\_ Yo estoy desesperada. Me gustaría comenzar a trabajar pero no consigo. De hecho, ayer fui caminando hasta la avenida principal para preguntar en los locales si necesitaban a alguien para atender, cobrar, vender y nada. Y me traje este hermoso perrito del último lugar que visité.

\_ Es hermoso, ¿cómo se llama?

\_ Todavía no tiene un nombre fijo, estamos probando con cuál tiene mejores reacciones. Me dejaste intrigada con eso que dijiste que eras artista, ¿puedo ver lo que hacés?

Y, como la vecina le respondió que sí, ingresaron a su casa y se quedó asombrada.

Había cientos de retratos realizados sobre superficies no convencionales. La llevó a la cocina y vio una hilera de asaderas negras sobre una mesada a las que, previamente, había enmantecado y con un dedo realizado un rostro.

Luego, la hizo conocer el baño y le mostró el mismo procedimiento, solo que sobre toallas, pintadas con esmalte sintético. Más tarde, se dirigieron al dormitorio y observó que las sábanas, las frazadas y las cortinas tenían caras dibujadas. Y por último, en el living se detuvo en el vidrio de una ventana y en el del televisor. Y quien había ido de curiosa, le preguntó:

\_ ¿Esta sos vos?

Y la vecina le contestó “sí, estas soy yo. Como ves, tengo un interés muy marcado por resaltar el lado humano de las cosas, para no olvidarnos de que detrás de algo útil, hermoso, confortable, hubo alguien comprometido, cansado, esperanzado, pasajero”.

Ese mediodía, la novia volvió a sentir regocijo en su nuca, en la frente, en los lóbulos de las orejas, algo comenzaba a moverse acompasado como si fueran aros, o dos futuras amigas.

## Bebitos en la calle

La madre recuerda el día que caminó para buscar trabajo, ida y vuelta catorce kilómetros, y vio decenas de personas en la calle, acostadas en colchones roídos, al igual que sus frazadas; mujeres, con dos o tres chicos en las puertas de los almacenes, pidiendo al que entrara, si por favor podía comprarle algo, una leche, un paquete de arroz, galletitas, pan; hombres de contextura delgada acarreado carros, sobre los cuales arrumbar reliquias de cartón para ser vendidas, prensadas y vueltas a utilizar. En todos ellos pensó, como si fueran bebitos, no le hubieran alcanzado los brazos para alimentarlos y llevarnos a su casa, en la cual hacerles un lugar.

Ella también había estado en el plato en el que las personas colocan la limosna, teniéndose que conformar con lo que tenía cuando era chica, y, luego, cuando se enamoró y vivió un tiempo con su novio. Nunca sintió que dispusiera libremente de algo, por ejemplo, el deseo de comer determinada cosa; hacer caca y pis en un inodoro; bañarse con agua caliente sin tener presente que, rápido, se iba a congelar; vestirse con ropa de moda; vivir en una casa en la que no tuviera que andar pidiendo permiso a cada rato porque no era su propiedad.

Al evocar lo vivido, sintió, al revés, cómo se impregna en quien da, algo triste que queda en el cuerpo y registró la frase que había pronunciado en voz baja “esta soy yo sin lo que me dieron”. En ese instante, vio que se acercaba su hija, después de venir de la escuela, y le reclamaba:

\_ Qué asco lo que hay para comer, siempre lo mismo.

Frente a lo cual ella le contestó:

\_ Si no te gusta, ya tenés edad de trabajar, ganarte tu dinero y comprarte lo que quieras.

\_ ¿Mirá quién lo dice? La que no trabajó.

\_ ¿Te parece que tostar el pan, poner la pava a hervir, sacar la manteca y dulce de la heladera no es trabajar?

\_ No.

\_ Esa es tu opinión porque estuviste servida.

\_ Acaso, ¿vos no?

\_ En la casa del abuelo materno, en la casa de los abuelos paternos y acá, nunca paré de hacer cosas. De hecho si no hubiera sido así, te hubiesen comido las cucarachas.

\_ ¡Qué suerte hubiera tenido!, en vez de esta monotonía en el paladar y la boca del estómago.

\_ Escucharte me dan ganas de decirte barbaridades.

\_ Hacelo.

\_ No quiero, no te voy a dar el gusto. Si, además de peinarte frente al espejo, vieras la cantidad de gente que mendiga.

\_ Ya lo sé, no soy ciega, qué culpa tengo, qué querés que haga.

\_ Ver, contestar bien, por lo menos tenés un techo y un pedazo de pan.

\_ No me voy a conformar con lo que me dieron y dan. Esta casa mide, exactamente, una moneda, la que les tiraron los abuelos. Harta estoy, de comer lo mismo, compartir el espacio con mis hermanos, y no poder hacer nada más que deberes. Este es un pueblo de mierda. Como ustedes y el país. Ojalá me vaya pronto.

\_ Hacedo, nadie te lo impide. En unos meses tendrás 18 años. Fijate dónde, cuándo, con quién querés vivir tu vida.

Y cuando terminó de pronunciar estas palabras, la madre se imaginó una flor, cuya complejidad es tan parecida a la de un conflicto y en que, quizá, la hermosura consista en darse un tiempo y un espacio para reconocerla.

## Planeta placenta

Lo que le pasaba con su hija no era lo que le pasaba con sus dos hijos varones. Con ella había pelea, con ellos poemas.

Ella había aprendido lo que eran en la escuela, y había reconocido en los versos, la forma que tenía de moverse, con saltos de aquí para allá. De un momento alegre a uno triste, de uno triste a uno alegre y así, el corazón se permitía no quedar atrapado en un grito, enojo o reproche. Eso era lo más parecido a las zanjas que existían cerca de la casa de sus padres, en la que ella, cuando era chica, observaba el musgo, las ramas rotas de los árboles, los huevos de ranas, el olor. Siguiendo la comparación, sus hijos varones eran renacuajos que nadan disfrutando y su hija mayor una piedrita que vigila el curso del agua que ningún habitante sabe desde dónde y hace cuánto tiempo que fluye.

En cambio, sabe muy bien el tiempo de gestación que llevó cada uno. En esa especie de planeta placenta, con la oscuridad y la transparencia de una zanja. Y se preguntaba, cómo era posible que si los tres habían vivido la misma cantidad de tiempo en el útero y se habían alimentado de igual manera, fueran tan distintos. Se interrogaba acerca del carácter, de qué elementos se compone, cuál es el origen remoto, de qué dependerá su modificación, si tendrá que ver con comportamientos internos, externos o de los dos. Se detuvo en ese universo verde y marrón mientras observaba cómo dormían sus tres hijos, a las cinco de la mañana. La casa respiraba un aire dulce, apacible, indeterminado, en el que los soñantes están solos y acompañados a la vez. Se quedó un largo rato sentada en una silla, respirando con ellos, intentando entrelazar las formas en las que cada uno absorbe el regalo de las plantas y exhala su alimento. Era una forma de abrazarlos a una distancia dormitorio-cuchetas sin ninguna otra pretensión.

De esa manera logró reconocer el tiempo que había pasado y sus pensamientos dibujaron el retrato de cada uno en su mente: la más grande alta, delgada, rubia, aguerrida, no sabía qué le iba a deparar el destino pero lo que sí sabía era que se iba a poder defender; el del medio, alma de peluche, parecido a su papá, pausado, tranquilo, con sonrisas en la cara, en las manos y en los pies; el más pequeño, que ya no lo era tanto, curado completamente gracias al viento de mar, satisfecho por haber sido acompañado en su tratamiento, hipnotizado por los ojos de las lechuzas, las liebres, las gallinas y los caballos. Pensó en ese momento y cómo hacer para estirar un tiempo que se va terminar.

Y, enseguida reparó en esas frutas que quedan arrumbadas en el fondo o en un costado del último estante de la heladera, que nadie agarra porque hay que agacharse, estirar el brazo, hacer un esfuerzo en llegar, y que solo una mujer, que está mucho tiempo en su casa y observa, se da cuenta que, de no hacer ese sacrificio, se tirarán y, como no tiene ningún sentido trabajar para estar en la basura, se dispuso sin hacer ruido, a ir por ellas, así fue que abrió la puerta de la heladera, las rescató y, ya casi con la luz del sol asomándose por la ventana de la cocina, las comenzó a pelar lo más despacio que pudo, evitando el ruido del cuchillo sobre un plato, las cortó, después las pisó, las mezcló con dos tazas de harina, una de azúcar y una de aceite. Así preparó una torta para despertarlos ese día especial, en el que se detuvo en sus inhalaciones, que habían comenzado en su vientre y que, como las frutas viejas, salvadas a tiempo para una futura preparación, pueden vivir un tiempo más.

## Podrías ser amiga de S. P.

Las tardes de los hijos grandes y el marido trabajando no eran fáciles. Porque, si bien agradecía no tener que estar alzando, cocinando, vistiendo, limpiando, sacando, sosteniendo, le dejaban un tiempo y un espacio libre en el que, sin un trabajo afuera, no sabía muy bien qué hacer. Bah, quería hacer algo con las manos, como aquella vez que había roto, pero no sabía cómo seguir un disfrute sin que sintiera vergüenza o miedo. No tenía dinero para comprar materiales para crear, solo podía romper y volver a usar lo que ya existía, así fue que, dado que dentro de la casa en miniatura sentía asfixia, volvió a salir al patio a espiar qué se le presentaba. El perro, con la cara de la madre, la seguía por toda la casa, cuando estaba en el dormitorio ladraba para que lo subiera a la cama; cuando estaba en la cocina quería que le prestara atención compartiéndole lo que hacía para ella, el marido y los chicos, un poco de pan, un poco de té con leche; cuando iba afuera a fumar, regar o colgar ropa, iba tras ella, como si le llevara la cola de un vestido de novia en un casamiento que nunca había sucedido.

En ese momento fue que, nuevamente, se encontró con su vecina que había llevado una reposera afuera y con anteojos de sol leía.

Ella se la quedó mirando un rato, pensando en que, si bien tenían, casi, la misma edad, eran muy distintas. El rostro de su vecina relajado, el de ella preocupado; la ropa de su vecina colorida, la de ella roída; los movimientos de su vecina fáciles y sutiles; los de ella complicados y doloridos; la casa de su vecina una experimentación, la de ella un salón comedor que cerraba cuando los huéspedes dormían.

Se daba cuenta que verla le producía intriga y alegría, las dos cosas a la vez, entremezcladas. Quería acercarse, sacarle tema, acaso ¿seguir alguno de sus pasos?

Y, de manera serena, la saludó y le preguntó:

\_ Qué estás leyendo.

Y ella:

\_ Un libro que, no sé por qué, creo que te encantaría.

\_ De quién es.

\_ De una autora italiana, que vino a vivir a la Argentina, cuando apenas tenía nueve años.

Sus padres no pudieron hacerse cargo de ella, con lo cual fue criada por su abuela hasta la adolescencia que vivió en un orfanato.

\_ Y ¿por qué creés que me gustaría?

\_ No sé bien, quizá porque es mujer, porque le pasaron cosas durante su juventud tan fuertes como las que te pasaron a vos.

\_ Pero, qué tiene que ver quedar huérfana en su caso y en el mío ser mamá.

\_ Te repito, no podría ser precisa, pero en ese momento, ¿no te sentiste sola, quizá por el simple hecho de la enorme responsabilidad que asumías, que recaía en tus espaldas?

\_ No lo había pensado así, pero quizá sí lo sentí y no me di cuenta, o me di cuenta y no lo nombré, o lo nombré en voz baja pero no lo compartí con nadie más. Quedó secreto.

\_ De haberla conocido, creo que podrían haber sido amigas y yo también, pese a que familia tuve, hay algo en su forma de escribir que me recuerda al modo en el que me muevo en mi casa, a partir de la muerte de mis padres, una manera abrupta, inesperada, libre, sin condiciones. Como si encontrara en la pintura un amor incondicional

correspondido. Sin sufrimiento, mentiras, ni esperanzas. Es seco y directo como un abrazo con alguien que usa un pulóver. Cuando lo termine si querés te lo paso.

\_ ¿El libro o el abrazo?

\_ Lo que quieras vos, jajaja.

## Fuxia

Con su amiga vecina comenzaba a adaptarse al lugar, después de tantos años de vivir en el mismo, de una manera natural. Como si el gajo de la planta que los primeros días cortó, hubiera tardado para arraigarse a la tierra, mezclada con arena, quizá por eso costó, y recién en ese momento, a partir de ese encuentro, daba sus primeros brotes. Fuertes y carnosos, preparados para dar una flor fuxia que solo vive si le da constantemente el sol. El rosado intenso que sentía que le pasaba con ella, en cuanto a desear conocer cosas, que sabía que era pero no había tenido tiempo de explorarlas, contrastaba con lo que veía en su novio.

Cada vez que llegaba observaba sus manos ajadas, por los trabajos a contra turno de albañilería, en sus ojos. Se preguntaba cómo era posible que pequeños surcos, capas, taparan lentamente donde antes había un órgano que resplandecía.

Ellos estaban unidos por un lazo de sangre inventada antes de que tuvieran hijos, sus manos habían sido un refugio en medio del desconcierto adolescente y lo seguían siendo, una manera de agarrarse, parecida a la de los acróbatas para no caerse y ver que pueden hacer magia donde antes las personas caminaban en línea recta.

La vida era eso, inventar cosas para hacer, lo que ella estaba conociendo con su vecina y veía que a su novio le faltaba. Entonces le propuso:

- \_ Qué te parece si te tomás un descanso.
- \_ Cómo se te ocurre esa idea.
- \_ Porque veo viejos tus ojos y sos muy joven todavía.
- \_ Y con qué plata.
- \_ Quizá no necesitarías tanta, en el caso de que, por ejemplo, quieras ir de visita a la casa de tus padres. Ellos te darían de comer y los chicos podrían conocerlos.
- \_ No lo había pensado.
- \_ A mí se me ocurre recién ahora. Cuando ellos eran más chicos veía solo tu cuerpo, era una manera de tranquilizarme, abrazarte al llegar. Hubo veces en las que no se me pasaba así no más el tiempo. Fue áspero. Cuando se enfermaban. Se descomponían. Hacían berrinche. Les molestaba algo pero no tenían palabras para explicarlo.
- \_ Son tan hermosos.
- \_ Lo sé, creo que a ellos les haría bien irse con vos. En un micro, mirar por primera vez la arena desde una ventanilla. La ruta, los árboles en hilera, el sol ocultándose, la noche estrellada, otra comida, tu antigua casa, las caras de sus familiares.
- \_ Me gusta lo que decís.
- \_ Hacelo, llamá a tus padres e invítate.
- \_ ¿Y vos?
- \_ Me quedo, así no se hace mucho gasto.
- \_ Qué vas a hacer sola.
- \_ La verdad es que no sé. Hace mucho me pregunto lo mismo. Quizá, en el silencio total, se me ocurra algo que no se me presentó hasta ahora, voy a mirar por la ventana, las mismas estrellas que ven ustedes y averiguar si auguran algo para mí.

## Una bufanda para la mayor cantidad de gente posible

El día del viaje llegó en pleno invierno aprovechando el receso de la escuela de los chicos. La semana previa, la casa parecía estar iluminada de nervios y expectación, como si cada pared y piso estuviese decorado con luces de navidad por dentro. Los hijos esperaban ese viaje, un regalo, en una festividad inventada, el deseo de que el padre descansara, la madre a su manera y que ellos pudieran conocer nuevas caras y lugares.

A la tarde salía el micro, ya tenían encargado un auto que los llevaría hasta la terminal, fue en esa hora, previa a la partida, que la hija le preguntó:

\_ Y vos, por qué no venís.

Y ella:

\_ Para que disfruten en la casa en la que vivía papá.

\_ Acaso, ¿vos no tenés padres, por qué no aprovechábamos y los veíamos también?

\_ A la abuela, sabés que no la vi porque se fue y nunca supimos dónde y el abuelo está grande, viejito, tenemos que anticipar la llegada, nos prestó su casa cuando eran muy chicos, ¿te acordás de algo?

\_ De un acolchado tejido, nada más, ah, y de una taza blanca con una flor en el medio.

\_ Tal cual, qué buena memoria y eso que tenías dos años. La manta cubría la cama matrimonial y esa era la taza en la yo tomaba el té, antes de ir a la escuela.

Se hizo un silencio en el que no hubo palabras. Solo un parpadeo y de parte de la madre hacia su hija un abrazo, mientras sentía que el cuerpo de ella, un poco, se inhibía.

Después se acercó el hijo del medio y le dijo:

\_ Yo no me quería ir.

Y ella:

\_ Lo vas a pasar bien.

\_ Cómo sabés.

\_ Porque sí, cómo no va a ser atractivo algo que nunca hiciste.

\_ Pero te voy a extrañar.

\_ Yo también. Vas a ver que diez días se pasan enseguida.

Y le dio un beso fuerte en la frente.

Por último, ella fue hacia el más pequeño quien no se sabía si lloraba o reía.

Su madre le dijo:

\_ Te quiero con todo mi corazón. Hacé caso y cuidate del frío.

El novio, agarró una mochila, en la que llevaba su ropa y un bolso, del tamaño de tres almohadones de piso, con la ropa de los chicos, la miró, la besó y se despidieron.

No cerró la puerta hasta que no vio más el taxi que los llevaba. De atrás se veían tres cabezas. Pensó en el más chico y le tendió los brazos, de manera imaginaria, para que lo alzarán hasta su vista.

Para no ponerse triste pensó en unirlos con una bufanda infinita intercalada de los colores que a cada uno más les gustaban. Un fragmento rosado para la hija, otro azul para el del medio, otro celeste para el más chico y uno amarillo para el novio.

Ella se sostuvo de uno de los flecos que la mente crea cuando una persona está sola y tiene que entrar a un lugar. Así cerró la puerta.

Y cuando el sol ya se había ido, se sentó en una silla, con las manos aferradas a él.

## Enredadera

Cuando se levantó, registró que no escuchaba las respiraciones familiares, con sus ritmos, sus timbres, su color. Pero, lejos de dejarse llevar por esas ausencias, se ató el cabello con una gomita, tomó un café, se bañó y se puso ropa deportiva para comenzar una rutina nueva.

Aprovechó ese primer día para sacar cosas que ya no iban más y luego pasar un trapo con lavandina hasta alcanzar lugares recónditos y profundos.

Encendió la radio, sintonizó un dial en el que pasaban música de jóvenes compositores del sur de la provincia y comenzó por su dormitorio: anudó las cortinas, quitó las sábanas y las frazadas para ponerlas a lavar. Echó un producto que mata larvas o cualquier otro bicho que haga nido, abrió las puertas del ropero como si se tratara de un telón que muestra la vida acumulada y comenzó a descartar: su ropa de niña, la de cuando era muy delgada, la que había usado durante los tres embarazos. Siguió por los zapatos: sandalias viejas, ojotas con las suelas machucadas, zapatillas sin plantillas. Lo mismo hizo con la historia de su novio. Puso todo en bolsas y las sacó afuera.

Luego, se dirigió al baño, repleto de bolsas y bolsitas con cosas de otras épocas, juguetes de goma, cepillos de dientes desgastados, toallas transparentes por el sobreuso. Cuando quedaron pocas, las necesarias para un aseo sin distracción, llenó y volcó baldes enteros de agua caliente y vio cómo se desprendían pelos, pelitos, pelusitas que quedan imantados a los azulejos, al piso y los espejos. Los recogió y tiró al inodoro ese mejunje de sentimientos desprendidos de los cuerpos.

Más tarde, se dirigió a la alacena de madera, dividida en tres partes, las más altas atiborradas de papeles, las más cercanas de comida. Se subió a un banquito y tiró boletas, cuadernos de comunicaciones de los distintos niveles por los que habían pasado sus tres hijos, carpetas, cartucheras.

Por último, fue el turno de la cocina-dormitorio de los chicos. La cómoda había quedado casi vacía porque se habían llevado lo que usaban a diario, excepto, en un baúl que guardaban cosas viejas. Las tiró sin ponerse a pensar en nada más.

Algo en ella, comenzaba a moverse, algo con fuerza y sin nombre.

La cocina fue lo que más tiempo llevó. Años de guardar plásticos: cajas, estuches, tapitas. Sacaba de un lado y ponía en el otro, sus brazos repetían una y otra vez el trazo de un arco iris, hasta que quedara despejado el cielo de los cajones.

Cuando terminó, encendió un cigarrillo y bebió una copa de vino. La música entraba por cada poro, creando una pista de baile propia, diminuta que, con el correr del tiempo, se juntaría con otra hasta llegar a la principal que era el corazón, en la que se conocerían las personas, se rozarían los instrumentos, las voces de los cantantes se fundirían en un gran coro que es la música total, como una limpieza de pies a cabeza que despeja el piso para poder bailar, aunque no se levantara de la silla con el cansancio que tenía.

Cuando salió al patio, vio las bolsas de basura y, antes de llevarlas al canasto para que las recogiera el camión municipal, separó un juego de sábanas desgastadas que las entró otra vez. Y arrancó al azar algunas hojas de los cuadernos de sus hijos, las cuales cortó en pedacitos pequeños y las tiró a la tierra como si fuera abono. Estaba convencida de que la enredadera, de aquel gajo rosado, iba a taparlos como ella a sus hijos cada noche.

TRES

## Día sola uno

Si bien estaba acostumbrada a estar sola por las tardes, desde que los chicos habían comenzado la escuela, nunca se había despertado sin tener que atender a alguien y pensar o dejarse llevar por lo que iba o no iba a hacer en adelante.

Como el día anterior había limpiado, ese, no quiso mover ninguna parte de su cuerpo en dirección al trabajo.

Tomó sol, respiró, cerró los ojos, escuchó la melodía de los álamos plateados, que son árboles característicos del lugar, más que altos, anchos, repletos de hojas que parecen tener vestidos tornasolados, de un lado son verdes, del otro blancos, de una felpa suave, como si fuera un papel irreconocible, resistente a las infinitas maneras de escribir una idea.

Este tipo junto con el eucalipto, gracias al viento, componen la música de fondo del lugar que, fuera de la temporada, se mezcla con el murmullo del mar y, dentro, con motores, gritos y canciones; y, como si fueran platillos azarosos, intercedida por el canto de los pájaros.

En un momento dado, escuchó que alguien en la puerta golpeaba las palmas de las manos, puesto que en las casas no se acostumbraba a que hubiera timbres. Se levantó de la silla y fue a ver quién era y qué quería. Y era su vecina, que quería saber cómo estaban porque hacía dos días que no escuchaba el ruido propio de los chicos. Ella le contestó que estaban lo más bien y, como no tenía nada que hacer, la invitó a pasar. Cosa que no había sucedido. Ella conocía su casa pero su vecina la de ella no.

Primero se quedaron en el jardín charlando sobre plantas y luego, a la hora del mediodía, le preguntó si se quería quedar a almorzar. Que le podía ofrecer un plato de pastas.

La vecina le contestó que sí, que ella podía aportar una botella de vino y que, después, si querían comer algo dulce con café, podían ir caminado hasta un kiosco que quedaba, aproximadamente, a siete cuadras.

La novia madre se empezaba a sentir también amiga, su cuerpo sabía lo que significaba porque durante su niñez y adolescencia había tenido una, una vecina, justamente, a quien dejó de ver cuando se puso de novia y enseguida nacieron sus hijos.

No se parecían en nada una con otra, excepto, en la manera de pronunciar las palabras, como si probaran una naranja dulce y agria que les diera entre vergüenza y risa.

Una vez que almorzaron, la vecina le preguntó qué tenía la bolsa que estaba anudada, perfectamente, en la puerta y le respondió que sábanas un poco viejas, que las había dejado después de una limpieza general para ver qué se le ocurría.

La vecina le propuso pintarla porque era artista. Ella le dijo que pinturas no tenía, y menos dinero para comprarlas. La vecina le propuso pintar con el vino que había sobrado. Ella le dijo que sí, que le parecía bárbaro. Entonces, retiraron los platos que depositaron en la bacha, le pasaron un trapo a la mesa y dispusieron la sábana. Cada una a su manera comenzó a pintar, con cubiertos, la salpicaban, con el mango hacían líneas, rostros, fragmentos de la cocina que veían.

Así estuvieron toda la tarde escuchando la música de los árboles.

## ¿Sola? día dos

Ya no estaba sola, su vecina, había hecho que no lo deseara ni que se sintiera de ese modo, en el que una mujer está rodeada de obligaciones.

Habían dejado de buscarse, simplemente, se encontraban.

Después de la experimentación visual a través de una sábana, se juntaron a la mañana para ir a caminar por la playa. La novia, madre y, ahora, amiga, si bien vivía a siete cuadras, nunca había paseado cerca del mar. Quizá por pereza, por temor a dejarse llevar por un paisaje del cual le costaría regresar a preparar el almuerzo, por no saber qué hacer con lo que podría llegar a encontrar, por dudar acerca de su percepción sobre el viento, en el sentido de que era bueno para la respiración del hijo y también molesto, por la cantidad de arena que revolotea hacia los ojos.

Lo cierto es que, casi sin proponérselo, ya estaban vestidas con ropa cómoda para ir hacia un lugar que, estando prácticamente al lado, poco conocía la novia, a diferencia de la vecina que había vivido toda su vida y, por lo tanto, disfrutado cuando sus padres la llevaban de la mano hasta la orilla y la cuidaban para no ser devorada por las olas.

Hicieron los siete kilómetros que había hecho para buscar trabajo pero sin ese remordimiento, sabía, desde lo más profundo de su ser, que crecer en un sentido contrario al que había hecho, era tener un trabajo que le permitiera probar cosas que la saciaran, señalar una porción de torta en una confitería, que luego se la alcanzaran y la saboreara sentada. A diferencia de tener que comprar los ingredientes, mezclarlos, esperar de cara a un horno, cortar, servir, conversar, retirar, lavar, secar y guardar. Es la extenuación la que provoca el delirio, una vía de escape tan real como algo rico pero de otro orden: uno imperativo, ordenado, efectivo; otro, en el que permanecer distraída, inclasificable, incierta.

Confiaba en que iba a encontrar un equilibrio, en la medida en que disfrutara de la compañía de otra persona.

En esa extensa caminata se les ocurrió realizar un retrato del padre de la novia con arena, a propósito de que le contara a la vecina que era parecido a un peluche marrón. Para representar su alma de manera fehaciente tendrían que haber pensado en otro tipo de material: pelo, lana, tela, pero no estaban en condiciones de gastar dinero ni de recolectarlos por distintos lugares porque eso implicaba tiempo. El que les quedaba era el de las vacaciones de invierno y el dinero era magro, una pensión por fallecimiento.

Con lo cual, se desviaron por unos minutos del camino, subieron un médano hasta llegar a un negocio, pidieron una bolsa, volvieron a la playa y con los dos manos la cargaron hasta alcanzar su tope.

Ese mediodía comieron pan con queso y bebieron una limonada de paradas.

A la tarde, dispusieron un cartón grueso que tenía la vecina arrumbado en su casa, la amiga dibujó la cara de su padre, tal cual se lo acordaba y entre las dos pegaron de manera metódica y prolija la arena. También buscaron por ahí dos piedritas que brillaran y las colocaron en los ojos.

Hacía mucho que no lo veía, pero él estaba ahí, apoyado sobre una mesa que dispusieron entre dos entradas de las casas, y tomaron una copa de vino, el retrato y ellas dos.

## Tres días solas

Desde ese momento, se dieron cuenta de que, sin proponérselo, tenían una rutina y un método de ¿trabajo? ¿estar?, sencillamente, hacer lo que les gustaba conforme a cómo eran en verdad.

Por la mañana, era indistinto, podían verse o no. Al mediodía, comían algo así no más, lo que a cada una le había quedado en la heladera o alacena, y esos momentos ya inauguraban lo que iba a suceder después, la confianza en que algún material las tomara de la mano, o ellas a él y salir a dar vueltas, si así podría definirse una especie de concentración desconcentrada, en la que no temían hacia dónde porque juntas era más fácil volver.

Después de la camina del día anterior, se encerraron en la casa de la vecina, quien le mostró una serie de moldes, a partir de los cuales hacer cosas en arcilla. La novia la conocía de haberla llevado a la escuela, en clases en las que hacían canastas, cajas, ceniceros y así fue que les dieron ganas de crear estructuras que les permitieran, luego, llenarlas con agua y congelarlas. Hacer figuras de hielo.

El único propósito que tenían era disfrutar de algo que empezaba, terminaba y luego contemplaban, de la misma manera que miraban el sol, escuchaban los árboles, los pájaros, el viento.

Cada una se concentró en las figuras que quería realizar. La vecina hizo todos los árboles que recordaba haber visto en el lugar y la novia se concentró en detalles del cuerpo de su novio, al cual hacía tiempo no veía, pese a que todos los días hablaban por teléfono, sobre todo a la noche porque que era cuando más se extrañaban.

Comenzó por las manos, el rostro, los pies, la sonrisa, las herramientas de trabajo, el pantalón y la remera que lo caracterizaba, sus zapatillas.

Una vez que terminaron las piezas pequeñas, las llenaron con agua y las pusieron en el congelador. Se preguntaron cuánto tiempo tardarían en hacerse y no lo supieron hasta que lo probaron. Cinco horas, aproximadamente, en una heladera vieja para que queden firmes.

Los retiraron, los desmoldaron y los miraron. Era un teatro efímero, ¿un helado?, a partir del cual, cada una de las amigas podía deslizar las piezas, como si estuvieran en una pista de patinaje, para generar algún tipo de acción o dejarlas donde estaban y esperar a que el movimiento sucediera por sí mismo, a partir de la metamorfosis del mineral.

Hubieran querido sacar algunas fotografías pero no contaban con cámaras. Solo sus ojos. Primero las observaron, luego comenzaron a moverlas. La novia la de los árboles y la vecina las partes del novio.

La escena no tenía un conflicto, porque para que existiera tendría que haber realizado el cuerpo entero, y quizá el de ella, o el de otra persona más. Cada una había realizado fragmentos de seres vivientes queridos, joyas resquebrajadas, restos que brillan en la oscuridad.

Así fue que se sentaron debajo de la mesa cuando el deshielo comenzó y vieron gotas caer desde el escenario doméstico. Luego, las escucharon, y cerraron los ojos.

## Día solas cuatro

Después de ver la realización del teatro helado, la novia, madre y amiga se fue a su casa, cenó un plato de arroz hervido con un poco de sal, aceite y limón, se duchó y se fue a dormir.

Evocaba a cada integrante de la familia y le enviaba mensajes con todo el poder de la mente y el corazón para que disfrutaran, que no extrañaran tanto, sobre todo el hijo más pequeño, que ella también estaba bien y ya se iban a volver a ver.

Luego se quedó dormida y, al día siguiente, escribió en un anotador que tenían abajo del teléfono de línea, que estaba en el aparador de la cocina, una serie de palabras:

Mamá, hermana, amiga, vecina, hija, maestra. No sabía, exactamente, si había soñado con ellas, pero las manos en comunicación con la mente las nombraba.

Como todos los mediodías pasó la vecina y le preguntó:

\_ ¿Te gustaría que hiciéramos algo hoy?

Y ella:

\_ Me encantaría. Sabés que temprano anoté unas palabras y, por ahí, entre las dos podríamos ampliarlas. Vení, entrá, pasá que te muestro.

\_ ¿Me querés contar en qué pensaste, exactamente?

\_ En que cada una identifique nombres propios a partir de los comunes.

\_ ¿Como si hiciéramos un mapa?

\_ Por ejemplo, puede ser. Un mapa de la piel.

\_ ¿Te quedaron esas sábanas viejas que estabas a punto de tirar?

\_ Sí.

\_ Entonces, podemos escribirlas ahí o ¿querías volcarlos en otro lado?

\_ No lo había pensado, pero ya que las tenemos, usémoslas.

\_ El tema es con qué escribirlas.

\_ Pensé en la tinta de las lapiceras, si sacamos los cartuchos y los mezclamos con alcohol, alargaríamos su existencia.

Dispusieron nuevamente la sábana sobre la mesa del comedor, diluyeron la tinta, comieron pan con paté y bebieron una copa de vino y comenzaron por los nombres de las dos madres: Adriana y Nélide; como ninguna de las dos tenía hermanas, continuaron con Estefanía, Hilda, Graciela y Ofelia, que eran las vecinas que conocían; Rosa era el nombre de la hija de la amiga, puesto que la vecina no era madre todavía; las maestras: Susana, Margarita, María, Cristina, Diamela, Nicole, y a medida que se fueron acordando los escribían con letra cursiva, esa en la que cada letra está unida a la otra para formar una palabra, no como la imprenta, pese a que era más clara y fácil de leer, en la que cada letra estaba sola, una al lado de la otra como en un cuartel, parecían que se lucían sin ayudarse. Al final del día obtuvieron una especie de bandera con dos de los colores, sobre el blanco, las letras azuladas. Una vez que se secó le colocaron una caña de pescar que había quedado detrás de un placard, porque habían fundado algo importante, reconocer que de la mano es como las letras pueden agarrarse y existir.

## Solo cinco días

“¿Se puede ser feliz en un lugar que se te viene encima?”, le preguntó su vecina a la amiga, mientras estaban tomando unos mates en las reposeras de la entrada de su casa. Frente a los cual ella contestó:

- \_ No entiendo por qué lo decís, ¿querés contarme?
- \_ El lugar en el que vivo, este depósito, lleno de cachivaches de la historia, arrumbados por todos los rincones. ¿Vos viste cómo es adentro?
- \_ No vi con detenimiento pero comprendo porque a mí me pasó lo mismo.
- \_ Años sin tocar nada de los muertos. Las cosas de mi madre, las de mi padre, las mías. Como si fueran reliquias, explicame de qué.
- \_ Del pasado.
- \_ Pero yo quiero estar en el presente.
- \_ Entonces tendrás que hacerle espacio.
- \_ Me da mucha pereza.
- \_ ¿Qué tal si empezamos?

Y ese día la amiga ayudó a la vecina a desechar lo que habían sido, lo que había sido, lo que no era más. En bolsas negras se fueron capas de personalidad, ropa de la infancia y la adolescencia descocida, manteles que guardaban manchas de conversaciones tristes y alegres, electrodomésticos rebelados a seguir siendo usados sin compasión.

Luego, llenaron baldes con agua y lavandina y los tiraron con fuerza y vieron lágrimas negras desprenderse de paredes, muebles y pisos que, alguna vez, habían sido estrenados. Quedaron como nuevos gracias a dos mujeres ayudándose.

La casa de la vecina estaba constituida por dos habitaciones, un baño, una cocina y un living comedor. Un enorme patio y al fondo había una construcción, mezcla de garaje y taller, en la que ella guardaba cosas con las que realizaba su arte.

La amiga le preguntó:

- \_ Qué te parece si seguimos por ahí.

La vecina:

- \_ Es que eso es realmente un lío.
- \_ Tiempo tenemos y que quede para otro día el jardín, si tenés máquina para cortar el césped o bordeadora, arreglamos los de las dos.

Y se dirigieron al estómago de la casa, parecía que allí era donde se descomponían los materiales encerrados en sus bolsas, tachos y latas: cemento, aceite para el auto, yeso, pinturas. Iban tirando todo de a poco, excepto cuando llegó ese momento, en el que, con un destornillador, que guardaba en su mango las huellas de las manos del padre de la vecina, las abrieron una por una: marrón, roja, azul, amarillo, verde, violeta. Y vieron que algunas, si revolvían la capa dura, que se observaba ni bien las destapaban, comenzaba a fluir el color, renacían. Pensaron que esa costra era un proceso de auto preservación de los elementos inanimados y que por el uso de un simple palito volvían a la vida. Esas las separaron para futuros deseos de paseos y echaron casi todo lo demás.

Así fue que quedaron sobre una mesa las tapas de las latas y ellas dos, al asomar sus cabezas sobre los bordes, notaron que habían quedado gotas secas colgadas como si fueran estalactitas en una cueva que, por suerte, se abría.

## Solas seis días

Ninguna de las dos pensaba en otra cosa que no fuese descansar lo suficiente para ponerse a pintar, por primera vez juntas, sobre una superficie.

La novia, madre y amiga seguía teniendo sábanas viejas, con lo cual, agarró la bolsa y, cerca del mediodía, golpeó la puerta de la casa de su vecina.

Ella, que se había levantado muy temprano, por la excitación que le había provocado desechar su pasado, trasladó la mesa del garaje, una tabla y dos caballetes de madera al jardín.

Era un día de invierno con un sol radiante al mediodía. Comieron algo al paso, aceitunas, pickles y almendras y dispusieron la tela bien estirada, sostenida por una piedra pesada de cada vértice y las latas de pintura todas juntas en un costado.

La vecina le acercó a su amiga una lata con varios pinceles para que agarrara el que más le gustara, y eligió uno mediano, de cerdas prolijas, que terminaban en punta cuadrada.

Mientras que ella tomó uno más bien ancho, de cerdas que terminaban en punta.

La madre vecina mezcló el color rojo con blanco hasta obtener el rosa nube, y la vecina artista, mezcló el color amarillo con un poco de blanco para obtener la calidez del sol que estaba sintiendo en su cara.

Una comenzó a pintar con rosa nube el techo de una casa. La otra con amarillo las paredes. Cuando se alejaron para ver cómo estaba quedando se dieron cuenta que caían un sinfín de lágrimas de cada teja, puerta y ventana. Entonces se preguntaron “¿será que la casa añora lo que tiramos?”, “¿nos estará enviando una señal, pero de qué tipo, para obedecerla o comenzar una nueva vida desobedeciéndola?”, “¿los muertos nos extrañarán o nosotras a los muertos?”, “¿a mi novio, mi hijos, mis padres les estará pasando algo malo, que no me enteré, que no quieren contarme?”.

Y, como no siempre existen respuestas en el momento en que se necesitan, aprendieron a caminar por la casa de la vecina con incógnitas. La única certeza a la que habían arribado era que, cuanto menos pintura, diluida en agua usaban, llegaban de manera más fácil a cubrir las superficies que querían y, cuanto más pintura, sin diluir en agua usaban, más esfuerzo físico requería. De esta manera descubrieron el principio de la claridad y la avaricia. Poco era igual a claro y mucho era igual a oscuro.

Anotaron estas palabras en un diario íntimo de la pintura que inauguraron ese mismo día, en el que volcaron más que saberes técnicos: relaciones entre la mente, la mano, el instrumento y la superficie, saberes sustanciales: aquellos que se desprendían de la observación del acercamiento, deslizamiento, improvisación del material mismo. El instante en el que el espacio absorbe algo que le es ajeno. Tela-Pintura.

Querían aprender de los destellos físicos y químicos, en equilibrio con su mente y su corazón.

Con ese espíritu, entendieron que, quizá, la casa se había aburrido de ellas dos, encerradas todo el día. En que por ahí tenían que prestarse a vivir cosas que nunca hubiesen imaginado pintar, algo así como salir de sí mismas para mezclarse con los demás.

## Día Siete Solo

Así fue que salieron hacia el mar. Cada una con una sábana anudada al cuello a la que, previamente, con tinta azul le habían escrito el número 7, porque representaba el tiempo que llevaban compartido.

Frente a un espejo irreal se preguntaron si se podrían haber hecho pasar por súper heroínas, pero en seguida se respondieron que no, porque para ser de otro mundo, a esas capas les faltaba brillo o color y no se iban a quedar otro día pintando, además, no querían tener poderes, ese tipo de historietas las aburrían.

Prefirieron verse como flores que desprendían un perfume que recolectaban del paisaje. Y así lo hicieron durante las siete cuadras que las separaban del mar.

Tomaron nota mental de los siguientes oficios ofrecidos por vecinos: poda, electricidad, venta de suculentas, trabajos de plomería, dulces caseros, pan con chicharrón.

También de los árboles: álamos, eucaliptus medicinales, laureles de jardín, lavanda, rayitos de sol, ojo de poeta, pinos, ligustrinas.

Pájaros: pechito colorado, benteveo, calandria, carpintero, golondrinas.

Estados del cielo: celeste total, celeste con caminos blancos, celeste claro y alegre, celeste opaco y enojado; gris gato, gris alfombra, gris polvo sobre muebles viejos, gris incógnitas acumuladas; blanco novia, blanco flor, blanco muerte, blanco enterito de lana de bebé; rosa y violeta unidos, rosa y violeta separados, rosa y violeta mezclados, rosa y violeta enamorados, rosa y violeta sin dirección.

No sabían qué irían a hacer con esas anotaciones, solo le hacían caso a lo que creyeron interpretar el día anterior, que la casa estaba aburrida de ellas y debían salir a buscarse o buscarla afuera. Y eso hicieron: practicar una creencia, designio o intuición.

Hasta que llegaron a la playa y, pese al frío, siguieron caminando igual, con la diferencia que anudaron ambas capas de un lado para tener una sola para las dos, así de paso se abrigaban con la tela y con el cuerpo de la otra y, en ese instante, se dejaron llevar por la relación entre la tela y la piel, la ropa y el bienestar.

La novia madre y amiga creó: un turbante de lana para el dolor de cabeza, vestidos con bolsillos en los que vivieran flores de tela para tocar cuando una persona se sintiera sola, remeras de manga larga con corderito adentro cuando debía ir al médico y escuchar noticias que no eran las esperadas, pantalones de jean con bombones de goma espuma para cuando se terminaba, un chaleco de verano o invierno con bolsillos internos para llevar papeles prolijamente doblados, junto a una lapicera para dejar cartas por debajo de la puerta del que se quisiera.

La vecina pensó en un vestido doble para compartir el extrañamiento a partir de la muerte de un ser querido, un pantalón siamés para acompañar, al que lo necesitara, a un examen o entrevista de trabajo, un buzo porta papeles y pinturas para realizar regalos que surgieran en el camino.

En silencio, regresaron a la casa de la novia madre y amiga para escribir y bocetar en el diario íntimo, que tenían entre las dos, lo que habían vivido.

## Ocho solas días

Faltaban tres días para que llegara la familia de la novia, madre y amiga por eso se pusieron a pensar en cómo sería un espacio de amigas, dado que ya no contarían con el que tenían, ni el tiempo y la predisposición mental, física y espiritual para continuar con sus experimentaciones.

Entonces, se les ocurrió hacer un pasadizo desde cada una de las partes de atrás de las casas hacia un punto intermedio entre ambos jardines, en el que crearían lo que denominaron “Corazón Negro”, una construcción con bolsas resistentes de consorcio para las “paredes” y transparentes para la puerta y ventanas, desde las cuales saludar a los hijos de una, atender la puerta o cualquier otro requerimiento de la otra.

Iba a ser un corazón sin horarios, sin preconceptos, sin condiciones, un corazón-sala de estar. Y así pusieron manos a la obra, seleccionando tirantes de madera, chapas y tornillos que la vecina tenía en el taller.

La edificación les llevó toda una jornada, una vez culminada, se sentaron en el piso del alma flotante y pensaron en cómo la llamarían, si tendría un nombre como las demás casas del lugar.

Buscaron el diario íntimo y, mientras se lo pasaban de mano en mano, anotaron las denominaciones que recordaban del barrio: “Mary”, “SusiCar”, “Mi sueño”, “Gracias a los viejos”, “Mis nietos”, “La Pirucha”.

Luego, las nominaciones de momentos de la historia que habían visto en la escuela: “Paz y Amor”, “Primero la Patria, después el movimiento”, “Patria sí, Colonia No”, “Pan y Trabajo”, “Nunca Más”, “Vamos a defender la vida y la esperanza”, “Más que una salida electoral es una entrada a la vida”, “Ganamos pero no derrotamos a nadie”.

Por último, confeccionaron una lista de posibles nombres para dos personas juntas: “Justicia Arbórea”, “La Verdad de los Pájaros”, “Paisaje y Amistad”, pero, como ninguno les convencía en el afán de que representara la unión entre la naturaleza y las necesidades humanas, se identificaron con uno que ya habían visto en un paredón de un balneario abandonado: “Trabajo, Descanso, Alegría”, porque, por lo menos la novia, madre y amiga, sabía que tenía que buscar un trabajo con el que comenzar a solventar sus gustos, que necesitaba descansar porque nunca había dejado de atender a lo demás, pero también quería divertirse.

Que su deseo se ramificara bajo tierra, reprodujera de una manera ligera, como ese primer gajo que había plantado en su jardín, que al cabo de un tiempo, había teñido su césped de rosa. “Mágica Acción”.

## Nueve días de sol

El anteúltimo día, decidieron dedicarse al jardín como si no estuviese separado por un alambrado. Lo pensaron en conjunto, como un único suelo, en el que existían dos casas con sus historias y un Corazón Negro.

Como ninguna de las dos tenían máquina para cortar el césped ni bordeadora, salieron a ver qué vecino podía prestarles y la consiguieron enseguida porque era un poblado pequeño, en el que todos se conocían o al conversar se daban cuenta que habían interactuado con una persona que tenían en común.

Mientras que una pasaba la bordeadora, la otra rastrillaba hasta un punto en que luego harían un surco en la arena para quemar lo cortado.

Una vez que terminaron esa tarea, se dedicaron a cada una de las plantas que tenían, las plantadas en tierra o en macetas. Les quitaron las hojas muertas y se intercambiaron gajos para generar un mayor atractivo gracias a la diversidad de especies.

Luego, descansaron porque el trabajo físico les había hecho doler la cintura, el cuello y la espalda, dolores que no habían tenido con la limpieza y las experimentaciones visuales.

Más tarde, fueron a buscar el diario íntimo y bocetaron el jardín que les gustaría ver crecer. La novia, madre y amiga pensó en mandar a hacer o aprender a hacer un estanque con piedras para ver peces de colores. La vecina dibujó una serie de juegos de plaza para el hijo más pequeño de su vecina que, si bien ya no era tan pequeño, quizá le daban ganas de disfrutarlos igual. La novia madre y amiga, se dejó llevar por esa idea y dijo que quizá, simplemente, podían mandar a hacer o aprender hacer hamacas, como un objeto que le hace bien a cualquier persona a cualquier edad. La vecina continuó con el proyecto de tener una huerta entre las dos, porque así era más fácil cuidar cada fruta o verdura sembrada y nacida, puesto que podían turnarse para cada tarea de siembra, riego y cosecha. Y por último, la novia, madre y amiga miró los pinos que atestiguaban sus vidas, e inmediatamente, le comentó que debían llamar a la municipalidad para que cortase un sinfín de ramas secas que se podían caer y lastimar a alguien.

Se detuvieron a mirar el cielo, las pocas veces que lo habían hecho desde que vivían allí, se prometieron detenerse en él todos los días para equilibrar el mundo de los ojos, las manos y los pies.

Para las cosas que querían hacer precisaban dinero, que una no tenía y la otra tenía de una manera ajustada.

Entonces, como si fueran carteles que señalan un vergel, escribieron planes de futuros trabajos para probar e implementar.

Pasaron por trabajos independientes: poner un vivero a partir de las plantas que tenían; hacer tortas de cumpleaños con diseños marítimos; confeccionar ropa a partir de las prendas que no usaban tomando como premisa la salud.

Trabajos dependientes de una empresa o el gobierno: expendedora de nafta, registradora de los árboles caídos, talados y los por sembrar en la municipalidad.

Cuando terminaron los dispusieron alrededor de Corazón Negro. De lejos parecían que señalaban semillas enterradas. De cerca se leían palabras que nada tenían que ver con la tierra, o sí, eran deseos para los cuales necesitaban dinero, en ambos casos había esperanzas.

## Diez días y nunca más solas

Antes de comenzar a pensar en el trabajo que reanudaría, la novia, madre y amiga en su casa, con sus hijos, en la búsqueda de alguna posibilidad que le diera dinero, le propuso a su vecina tomarse un día para disfrutar el último de vacaciones para unos, desocupación para otros.

Se duchó, se vistió con ropa holgada, se puso perfume y preparó unos sándwiches. La vecina puso en una bolsa unas manzanas, dos bombones y una botella de vino.

Llevaron la sábana que ya habían usado como capa, para que fuera una manta o un mantel y salieron cerca del mediodía rumbo a la playa.

Como el día anterior habían realizado un esfuerzo físico extenuante, sin explicarse nada, estuvieron en silencio durante la ida; cuando llegaron, tendieron la sábana y se quedaron dormidas y, cuando despertaron, comieron mirando el mar, caminaron unas cuerdas para un lado y otras para el otro y, cuando regresaron al punto que habían elegido, en el que no habían dejado sus pertenencias, observaron que habían quedado las marcas de sus cuerpos. Liso donde se habían acostado, un hueco debajo de la cabeza, sonrisas realizadas en la arena con los talones, círculos hondos y pequeños en donde habían apoyado los dedos de las manos.

Luego, se arremangaron los pantalones, se sacaron las medias y fueron hacia la orilla, pese a que hacía frío, quisieron sentir el agua en contacto con la piel y, después de unos segundos, para no congelarse, los sacaron y comenzaron a trazar con los pies líneas sobre la arena húmeda, como si fueran niñas, dibujos de grandes.

La novia, madre y amiga el rostro de cada integrante de la familia, los extrañaba.

La vecina el de su amiga.

La novia el del perro.

La vecina la fachada de Corazón Negro.

La novia la palabra trabajo.

La vecina la palabra amistad.

La novia la palabra fin.

La vecina comienzo.

Y les dio risa el espectáculo que habían hecho para ellas mismas.

De lejos parecían rayones de llantas de autos y bicicletas, de cerca notaron que dentro de sus pasatiempos había otras pinturas que había dejado el mar con sal. Eran distintos tipos de líneas curvas, en punta, entrecortadas, superpuestas, con pequeñas burbujas, intercaladas con huevos rotos transparentes, piedras y algas.

Eran producciones del contacto entre la espuma y la tierra, de acercamiento entre la profundidad y la superficialidad.

Si se agachaban, apenas, veían a trasluz un pentagrama, con notas gotas, cuyos instrumentos de ejecución y canto serían un misterio hasta que desearan o no averiguarlo. La imagen semejava rastros de miles de caracoles de tierra, ancestrales y actuales, que dejaban baba, una respiración, un habla. Así, interpretaron que era la mente de la humanidad en su conjunto cuando disfruta o descansa en compañía de las personas con las que se siente a gusto o ama.

**CUATRO**

## Estación

Ni bien llegaron, el novio y sus tres hijos a la Estación Terminal, la llamaron para avisarle que tomarían un taxi para ir a la casa. Ella los esperaba con la cena haciéndose al fuego y la mesa servida.

Era la primera vez que cocinaba después de diez días. No extrañaba el rugir de las cucharas en el fondo de las cacerolas, ni el cuchillo afilado sobre la carne, ni las verduras suaves, que al manipularlas, emiten viejos sonidos.

Pero lo hizo.

Igual que la distribución de cada objeto: el mantel, las servilletas, los vasos, los platos, los cubiertos, la panera, la botella de agua. Eran muñecos que, dos veces por día, salían a un escenario a interpretar lo que a cada uno de los integrantes le había pasado durante el día.

La puso de todas formas, porque prefería ese ir y venir de las cosas, a que se acostumbraran a que se comiera de cualquier manera, a que todo diera igual, pese a que era lo que sentía, temía que fuera una expresión de abandono. Lo evitaría a costa de forjar su voluntad.

Disponer, sacar, lavar, secar, guardar y volver a sacar los disfraces, las muñecas, los vestidos, las pulseras sin que lo sean.

Llegaron y se abrazaron fuerte.

El novio:

\_ Te extrañamos. Qué hermosa está la casa.

Ella pensó que le hubiese gustado que le dijera que ella también.

La hija mayor:

\_ Qué le hiciste. Está más despejado. Espero que no me hayas tirado cosas sin consultarme.

Y ella:

\_ Nada importante.

Mintió.

El hijo del medio:

\_ No sabés qué casa inmensa tienen los abuelos.

Ella:

\_ ¿Los atendieron bien?

El hijo:

\_ Sí, nos llevaron a recorrer cada rincón donde estuvieron ustedes, contándonos, a cada momento, que los extrañaban como huéspedes.

Ella no le respondió pero, mirándolo a los ojos, pensó “ese fue el problema, siempre me hicieron sentir que estaba en casa ajena”.

El hijo más pequeño:

\_ Yo hubiese querido ir donde naciste vos pero papá me dijo que en otro momento, que no quería que el abuelo se pusiera mal si no te veía.

Ella le dio un beso y sintió que por suerte no lo había llevado porque quién sabría cómo estaba si es que vivía aún. Al no tener teléfono, amigos o familiares que le transmitieran noticias, no sabía. ¿No había tenido tiempo?, ¿dinero? ¿se le había traspapelado una

sensación?, ¿cómo había sido posible no haberle prestado suficiente atención a quien la había peinado, tan dulcemente, durante su infancia? Pero se consoló, porque eran interrogantes que emergían en un momento en el que no estaba cambiando pañales, recogiendo cosas caídas, volcadas, mocos y caprichos.

Al día siguiente, sí o sí, buscaría un trabajo que le diera algo de plata para sacar un boleto y comprobar si sus preguntas podían abrazarlo una vez más.

## Servicio

Una de las últimas mañanas del invierno se levantó a las cinco de la mañana, se vistió, se maquilló, esperó el colectivo que la llevaba al pueblo y se dirigió a la estación de servicio, ubicada a la vera de la avenida principal, la que unía la ruta con el mar.

Se sentía decidida, así ingresó a la playa de estacionamiento y luego a un kiosco, que se encontraba al fondo. Preguntó por el encargado, le dijeron que esperara mientras lo llamaban. Se sentó en una mesa con luz amarilla baja. Tuvo ganas de tomar un café con leche con dos medias lunas, pero no tenía dinero para ese gusto que ya iba a darse, probablemente ese y otros más, si conseguía lo que quería. Después se le acercó un hombre alto con cara infantil, le preguntó “qué necesitaba” y ella de manera seca y amable le contestó “trabajo”. “Llegó en el momento justo porque hoy me avisó uno de los empleados que no podría venir porque estaba enfermo, supongo que tendrá para unos días. Si le parece, lo puede reemplazar y le propongo paga diaria, como si estuviese a prueba, dado que no le puedo asegurar si volverá o no”. Ella asentía cada frase pronunciada por un niño repleto de responsabilidades.

Lo primero que le pidió es que se pusiera un mameluco gris arriba de su ropa, unas botas anti inflamables y una visera con el logo de la *compañía*. Una palabra que la hizo sentir acompañada en un lugar oscuro por la hora, sórdido y desconocido. En el baño pensó en las maestras, los doctores y los albañiles, y sintió que formaba parte de un corazón que usaba uniforme para evitar que permanecieran en la ropa cientos de miles de miradas, ecos de materialidades mezclados con la piel, que, de lo contrario, se llevaban a la casa, la cama, la familia. La tela tiene esa capacidad, de protección, una superficie donde quedan guardadas historias muy profundas.

Salió impecable, con la frente en alto, le guiñó un ojo a la luna que todavía seguía ahí, como una madre que, a la distancia, le deseaba suerte en su primer día de trabajo y escuchó algunas indicaciones “así se usa la manguera para colocar en los tanques de nafta que tienen los autos, esta es la traba, sí o sí tenés que prestar atención porque es un químico peligroso y carísimo. Cuidamos el dinero y la integridad de cada uno de nuestros empleados y clientes. Se puede abonar de distintas formas, eso tenés que preguntarlo antes, así, mientras que cargás, entrás a la oficina que está al lado del kiosco y buscás la máquina que registra las tarjetas. Tenemos servicio de lavado de autos, diagnóstico de niveles de aceite, agua y aire en las gomas. Si querés hacerte un dinero extra, podés ofrecer limpiar los vidrios, echando un detergente, que ya te traigo, y escurriéndolo con este secador. Para los detalles, gotas revoltosas, conviene que tengas en los bolsillos papel absorbente”.

Así fue que comenzó una tarea que nunca se había imaginado, sobre todo porque no sabía nada de autos. Pero iba a aprender lo que fuera necesario. Con esa convicción recibió al primer cliente, un hombre que iba con su mujer al lado y tres chicos en el asiento de atrás con el guardapolvo para ir al colegio. Eran las siete de la mañana. Seguramente sus hijos también estarían preparándose para ir a la escuela. Y, en vez de dejarse llevar por una ausencia que era ella preparando el desayuno para sus hijos, tomó de la mano otra idea que consistía en llevarles, con la propina o la paga de la jornada, lo que a cada uno más le gustaba de la panadería. El día era rico y salió el sol.

## Pan Maravillas

Después de ocho horas de trabajo, culminó la atención sobre trabas de seguridad en las mangueras, palabras de cordialidad, idas y vueltas con la máquina por la que se pasan las tarjetas, el hecho de no derramar detergente por demás y sacar del bolsillo el papel que le permitía ser prolija en los detalles de los vidrios, retirando con cuidado los limpiaparabrisas.

Y se sentó en torno a la mesita del kiosco, la de la luz baja cuando había ingresado a primera hora de la mañana, después pidió y abonó en la caja un café con leche y dos medias lunas y saboreó el fruto de su jornada laboral.

Claro que había probado estos placeres, pero no juntos, pegados al trabajo. Sintió algo parecido a haber dado a luz, su cuerpo cerca de los bebés, creaban una imagen de cansancio y alimento mutuo.

Probó un pedacito, luego otro. Masticó con calma. Ingirió un sorbo de café. Miró la comida, su mano, la ventana. Así, hasta culminar una especie de paseo que ella había insistido en realizar y por eso se había agarrado de la mano para llevarse.

Eran las dieciocho horas, en dos cerrarían las panaderías del pueblo, y quería pasar para llevarles algo especial a sus hijos. Llegar con sorpresas.

Se levantó, fue al baño a cambiarse de ropa, se peinó así nomás y comenzó una caminata de diez cuadras. Allí, sabiendo que tenía dinero en el bolsillo del pantalón, perfectamente doblado a la espera de ser desplegado, señaló:

\_ Te pido por favor, dos tortitas negras.

\_ ¿Algo más?:

\_ Dame dos con crema pastelera. Dos con dulce de leche. Dos vigilantes. Dos churros. Dos palmeritas. Cuánto te debo.

Pagó, y se dirigió a la parada de colectivo para regresar a su casa.

Mientras apretaba contra sí misma el paquete blanco de papel, que hacía ruido cada vez que lo acomodaba, se dejó acunar por una idea que no había visto en esos negocios. La confección de panificados en relación profunda con el paisaje donde se cocinaban. Por ejemplo, en un balneario en vez de flautitas, miñones, caseritos podían, respetando la receta de la masa, hacer estrellas de mar, caballitos, caracoles. En vez de las formas de las facturas que llevaba, sería más divertido comer: lobos de mar con azúcar negra, delfines amarillos con crema pastelera, orcas de dulce de leche.

Sabía que a la única que podía llegar a interesarle ese devaneo era a la vecina. Así fue que, antes de entrar a su casa, pasó por la de ella, la saludó y tomaron unos mates de paradas. La novia, madre, amiga, trabajadora fuera de su casa le contó más o menos sobre su primer día de trabajo; la vecina le dijo que había sentido su ausencia, que la había extrañado a ella y lo que hacían juntas, de hecho, le dijo que había pasado toda la tarde pintando las mismas cosas repetitivas y, por lo tanto, aburridas que hacía antes de conocerla.

Fue justo en ese momento, que le contó las maravillas que se podrían hacer con pan y la vecina se encantó porque vio la posibilidad de un pequeño comercio a bajo costo, puesto que podía cocinar en la casa y la harina no era muy cara. Lo más difícil era aprender los ingredientes particulares que llevaba cada bocado. Lo iba a pensar. Y se abrazaron.

Cuando abrió la puerta de su casa ya era de noche y la mesa estaba servida con polenta con tuco. Su familia le preguntó que llevaba entre las manos y ella, mientras les daba un beso a cada uno, exclamó “¡el postre!”

## El mar comido

Mientras que la novia, madre y amiga siguió asistiendo al nuevo y frágil trabajo, puesto que no sabían ni ella ni el encargado cuándo regresaría el empleado curado, la vecina dividió su día en tres partes: a la mañana pintaba lo que recordaba; al mediodía se hacía el almuerzo, limpiaba un poco la casa, dormía una siesta cerca del mar; a la tarde comenzó a darse un tiempo para relacionar el arte con la vida diaria, presente, actual. En ese sentido, se dispuso a aprender masas para fabricar facturas, con los motivos que le había dado su vecina, compañera y amiga. Por eso, fue hasta el pueblo y buscó en la biblioteca municipal recetas, las anotó en el diario íntimo que tenían juntas porque, pese a que compartieran menos tiempo, estaban intercomunicadas. Cuando estaba volviendo, sin embargo, consideró que era mejor hacer tortas porque, al tener un solo horno, le iba a ser más fácil realizar una para una ocasión especial que cocinar algo que saliera todos los días y en cantidad, puesto que no iba a dar abasto, ella ni la maquinaria escasa.

Ideó algunos modelos mientras volvía caminando por la costanera. Uno, consistía en una ola rosa para que los chicos no le tuvieran miedo a las profundidades del mar. Y, cuando se cortara, se soltaran caracolitos blancos y violetas, de azúcar.

Otro, cubierto de grana que fingiera el color de la arena, con un pozo en el medio, que llamara la atención de los chicos y que al acercárseles vieran gelatina celeste que sería el agua, con un pececito naranja adentro que podría ser de mazapán.

Otro, que fueran dos tortas redondas con grana negra, que aparentarían ser anteojos de sol con dos varillas que podría hacerlas en cartapesta, y cuando la sirvieran, los comensales vieran decenas de ojos hechos de azúcar, algunos abiertos, otros cerrados que simularan los de las personas que contemplan el mar, duermen o sueñan cerca de la orilla. Cuando llegó a su casa, comenzó con este último. Para los ojos compró caramelos y les pintó la pupila y el iris con pintura comestible.

Mientras tanto, después de una extensa jornada en la estación de servicio, la novia, madre, empleada y amiga, golpeó la puerta de su vecina. Con el correr del tiempo se dio cuenta que, lo que hacía por azar se convirtió en un ritual que la despejaba porque, antes de encarar las demandas habituales, conversaban un ratito sobre las noticias del día, tomaban un mate, o un vaso de vino si ya se había hecho muy tarde.

La vecina le mostró la primera obra de arte vinculada con la actualidad. A la amiga le encantó y ya quería probarla. Se dieron cita a las doce de la noche en Corazón Negro para cortarla, comer, degustar y dibujar con total libertad.

Y así fue que, después de la cena, repetirles a sus hijos que se bañaran, que terminaran la tarea, que se cepillaran los dientes, se cortaran las uñas, que prepararan las cosas para el día siguiente; escuchar el correr del agua sobre las fuentes, los platos, los cubiertos y los vasos fue hasta el silencio que era el fondo de la casa.

Las dos se sentaron sobre unos almohadones, puesto que sillas no tenían, y además eran duras y frías y, de manera prolija, crucial, cortaron la torta. Cada una probó su porción y luego escribieron en el diario qué había funcionado, qué no y cuáles serían los futuros clientes de sus invenciones. Y, si no existían, porque las personas adquirirían cosas conocidas en la televisión, cómo los convocarían a partir de un simple bocado.

## Separar los cortados de los incipientes

Mientras trabajó en la estación de servicio notó que de todos los elementos, que formaban parte de la rutina de trabajo, le prestaba atención a uno solo. Los vidrios de adelante y de atrás de los autos.

Ellos dejaban ver la parte humana de una máquina, la delicada construcción, utilidad y disfrute. Hombres y mujeres que cargaban nafta para ir a trabajar, otros que lo hacían para pasear o regresar donde vivían; jóvenes que estaban aprendiendo a manejar; niños que la saludaban arrodillados en el asiento de atrás.

Su único contacto con los autos había sido el que tenían la madre y el padre del novio, sus padres no habían tenido dinero o ¿interés? en manejar. Su padre la llevaba y la iba a buscar al colegio caminando.

Tampoco su novio había aprendido a manejar, siempre en bicicleta, o caminando como ella.

Pero, cuando veía esa facilidad en el deslizamiento de los cuerpos, se preguntaba si el hecho de no haber tenido la posibilidad, significaba que no querría probar el regreso a su casa en cuatro ruedas. Sentir que sentada y haciendo el menor esfuerzo posible con las manos que tocaban la palanca de cambios, el espejo retrovisor, el volante, las trabas de las puertas y los pies que en sincronía con la mente, como lo hacían con el piano, apretando los pedales, podía llegar lejos, que quizá no tenía por qué no darle un descanso a sus piernas.

Uno de esos días, saludó a una mujer que iba una vez por semana y le parecía simpática por su sonrisa que cambiaba de color, según los accesorios que se encontraban entorno a su cara: aros y collares y esa señora le preguntó “¿no te ves haciendo otro trabajo en el que no te cagues de frío?”, frente a lo cual ella le respondió “me encantaría, el tema es que busqué y no encontré”. La señora le dijo “te espero mañana a las ocho de la mañana en la municipalidad, sabés adónde queda, ¿verdad?” y ella le contestó que sí, que por supuesto.

Al día siguiente, le mintió al encargado, diciéndole que no se sentía bien para ir a trabajar y se presentó en la oficina municipal, donde la atendió Sonrisa:

\_ Cómo estás, vení, sentate que te cuento, como te vi joven y amable, pensé en que podías trabajar atendiendo al público, en relación a los reclamos que realizan sobre los árboles. Como estamos en una zona que se caracteriza por la abundancia de pinos, eucaliptus y álamos, necesitaríamos una persona que se encargue de registrar: los caídos, aquellos quebrados por las fuertes tormentas o los talados con y sin permiso, de los incipientes, de los que nacen porque sí, sin ser comprados y plantados porque de esta manera podemos reflexionar sobre el equilibrio y desequilibrio ambiental. Qué te parece.

\_ Bien. Pero no me queda del todo claro qué tengo que hacer.

\_ Anotar en esta planilla: el nombre, apellido, número de documento, dirección, manzana, código catastral de la persona que provee información sobre los “verdes”, como les decimos acá o “nuestros ancestros”. Porque para que estemos vos y yo conversando, tan tranquilamente, primero estuvieron ellos. Pensá que, además de ser descendientes de los monos, somos descendientes de los árboles. Altos, bajos, fuertes, débiles, enraizados y desenraizados al suelo, todos dependientes del agua y del sol. Con unas ganas enormes de

expresarse si se sienten a gusto en el lugar que están y así vivir por mucho tiempo. Son gratos, tienen un ánimo enorme. ¿Qué decís, aceptás o no?

## Comestibles, usables, vivientes

La trabajadora comenzó su empleo municipal, por primera vez en su vida, tenía un sueldo fijo, vacaciones, aguinaldo, licencia por enfermedad del grupo familiar, y podía estar sentada, luego de haber estado meses parada en la estación de servicio. Esta situación provocó en su rostro un leve cambio de color de piel que de pálida pasó a rosada.

La tarea que a simple vista podía parecer una sonsera, vista en profundidad no lo era. Ella se sentía responsable frente a cada reclamo que recibía por parte de los vecinos contribuyentes, no era cuestión de rellenar un simple papel, sino identificar una muerte, un nacimiento y proceder en consecuencia.

Eran cientos árboles talados por la venta de terrenos a bajo costo y los criterios de edificación imperantes, que, en vez de respetar a los que estaban previamente en el lugar, los mataban, en una réplica en miniatura y singular, de lo que ella había aprendido en la escuela sobre la campaña de desierto. Eso que a sus ojos y frente al de los demás les había parecido espantoso, las palabras: muerte, zanja, indios, triunfo de los ideales europeos, podía verlo entre sus manos, en las planillas, porque era un comportamiento normalizado de quienes tenían tiempo, dinero y deseos de ver construirse sus casas de veraneo o fines de semana, conforme a un ideal arquitectónico que priorizaba unos materiales: las paredes, los techos, las aberturas, por sobre los senderos, las sinuosidades, la convivencia de especies distintas con sus enfrentamientos, reconciliaciones y anudamientos.

Una vez por semana, debía ir a estas parcelas y constatar los fallecimientos que la misma dependencia municipal autorizaba y los brotes incipientes, y preguntar si los iban a dejar o debían ser trasladados hacia otro lugar.

Casi nadie quería lo que tenía. Querían cosas nuevas que ya aparecerían, en la medida que las vieran en casas vecinas.

Fue así que comenzó un trabajo de adopción de los verdes incipientes a quienes trasladó en bolsas, bolsillos, mochila y cartera y los llevó hasta Corazón Negro que, con el correr del tiempo, se transformó por la variedad de acciones que realizaban las vecinas amigas a diario. Pasó de ser un cuarto de experimentaciones mentales y espirituales, a otro vinculado con el entorno.

El novio que era ayudante de albañil quitó los plásticos y en su lugar colocó maderas, lo que hizo que la construcción adquiriera mayor fortaleza y equilibrio, al no depender del clima que podía arruinarla de un momento a otro.

Ellas pintaron las maderas de negro, la chapa del techo de rosa y los marcos de las ventanas de amarillo, cuyos nylons transparentes fueron reemplazados por vidrios.

Una de esas tardecitas que volvía la novia a su casa, pasó por la de su amiga y le contó:

\_ Mirá las bellezas que te traje.

Y quien la escuchaba:

\_ Qué son.

\_ Quiénes son, querrás decir, bebés verdes que sus dueños no quisieron. Pensé que los podíamos plantar en macetas y, en un rincón, cerca de una de las ventanas de Corazón Negro, darles un lugar, crear una guardería.

\_ Una vez que crezcan, podemos trasplantarlos a recipientes pintados a mano y donarlos a quienes los quisieran.

\_ Es tan triste que las personas se dejen llevar por la apariencia, es como si hubiésemos traído bebés sucios y desnudos y que, una vez que los bañáramos y les pusiéramos ropa colorida, despertaran en sus padres y madres cierta atracción.

\_ Es algo cruel con un final feliz. Tendremos que pensar en la ubicación de cada cosa en Corazón.

\_ Podríamos separarlas en usables, comestibles y vivientes.

Y así dispusieron: la ropa saludable constituida solamente por dos vestidos que tenían, a los cuales les intercambiaron las pecheras de cada una para sentirse unidas para siempre; las tortas de cumpleaños y los bebés que nadie quería.

## Todos los días, cada vez

No eran como los de antes, los días fotocopias. Desde que novia, madre y amiga se había puesto a charlar con su vecina pasaban cosas distintas, interrumpían, al juntarse, el funcionamiento de una máquina que expulsaba tinta, o fueron conscientes de su sangre, lo cual era lo mismo.

Así como la vecina había dividido el día en tres partes, las dos coincidieron en que fuesen más, como un caleidoscopio constituido por decenas de piedras de colores que había que mover y dejar descansar para que recobrar lucidez, o el efecto de hipnotización, a partir del cual había sido creado.

La vecina lo dividió de la siguiente manera: a la mañana desayunaba y caminaba cerca del mar; a media mañana hacía las tortas para cumpleaños futuros; al mediodía comía de parada; dormía una siesta larga; después cocía partes intercaladas de vestidos para personas que querían estar unidas, externamente; a la tardecita regaba los bebés verdes y la esperaba a su amiga en Corazón Negro, al finalizar la cena.

La amiga: a la mañana tomaba un mate así no más para estar a las ocho contabilizando el estado de los ancestros; al mediodía almorzaba cerca del mar; luego dormía una siesta de media hora, dejándose llevar por el lenguaje de los pájaros en busca de comida; volvía a la dependencia municipal hasta las dieciséis, puesto que había podido arreglar el horario con la señora que la había contratado, entrar y salir más temprano, de modo tal, de llegar a las diecisiete a su casa, merendar con sus hijos, ayudarlos con las tareas; cuando llegaba el novio salían a pasear el perro, mientras ella fumaba un cigarrillo para no pensar en nada más que no fueran las formas del humo en sincronía con el cielo.

A veces, pasaba por la casa de la vecina antes de la cena, para tomar un mate o una copa de vino y, otras, ya sabían que se encontrarían a las diez de la noche en Corazón Negro. Era un momento de silencio parecido al que encontraba en la biblioteca cuando iba a la escuela; a la capilla donde la llevaba su padre, todos los domingos, para rezar por la familia que vivía en Paraguay; el que solo ansían las madres cuando escucharon durante muchas horas a un niño; los amantes después de hacer el amor; las amigas, frente a las cuales, no hay deberes. Ese era el silencio que habían encontrado y lo cuidaban como una gema o una lámpara que se alimentaba sin electricidad. Estaban atentas a ese color, amarillo, parecido a la luz del bar en la estación de servicio, en el que las personas pueden entrecerrar los ojos.

Y así se quedaban hasta las doce de la noche. Escribiendo en sus diarios íntimos, probando masas, dibujando ropa o simplemente contemplando el crecimiento de los verdes, que eran los hijos naturales que se tienen entre las amigas.

Al tiempo que confiaba en sí misma, en cómo era como amiga, madre y empleada, dudaba de que fuera artista como su vecina, por su técnica, el método de trabajo, cierta falta de visión o perfección.

Pero, lo que le parecía que la hacía sentir a gusto con los días, era vivir como un pincel, al que se le desgastan las cerdas y dejan de seguir un único camino, como si no aceptaran, completamente, las directivas que le llegan de la mente y de ésta a la mano. Al igual que los pies, solo para ver el dibujo que realizan, a lo largo de la vida, habría que ser una nube,

una estrella o dios y para ese final que nunca vería, tenía que levantarse, todos los días y cada vez.

## Noche estrellada

Un día, a las diez de la noche, en cambio de dirigirse al taller, amparo, refugio, sala de estar que tenía con la vecina, se preguntaron juntas por qué no despertaban a los chicos y al novio para ir a visitar a las estrellas, lo nombraron de este modo, puesto que no les agradaba la palabra excursión, por considerarla excepcional, y por eso mismo, extravagante.

La vecina dijo “voy preparando un termo con té caliente y llevo un pedazo de torta que no se vendió”.

La novia y madre, entró sigilosamente a su casa y despertó a los chicos, mientras el cuarto estaba oscuro y en silencio, su voz fue como si encendiera la luz:

\_ Hija, hijo, hijito, hola.

\_ Qué querés, mmm, qué pasó.

\_ ¿Quieren que vayamos a la playa?

\_ ¿Qué te picó, a esta hora?, sí.

\_ Bueno, abríguense, pónganse los zapatos que voy a buscar las linternas.

Buscó dos, a tientas para que sus movimientos en la casa no fueran tan distintos a los que escuchaba afuera y fue hasta su dormitorio, a proponerle al novio:

\_ Hola, -dijo en la voz más baja que pudo- ¿vamos a la playa?

\_ Qué ocurrencia, mañana trabajo a primera hora, ¿no te parece un poco tarde?

\_ Sí y no. Sí, si tengo en cuenta que mañana los dos trabajamos y los chicos tienen que ir al colegio y no, si veo la racionalidad de un reloj que indica que pasaron las diez, no las doce.

\_ ¿Y los chicos?

\_ Ya los desperté.

\_ Está bien, dame un minuto que me visto.

Y alrededor de las diez y media emprendieron los cinco una caminata hasta el Cielo Total.

Novia les había presentado a vecina, que los chicos ya conocían desde que eran pequeños, solo que se dieron cuenta que, esa relación de hola y chau, se había convertido entre las dos mujeres en un universo de palabras que no escuchaban porque se juntaban en otro lugar.

Vecina, nunca se sintió tía, maestra ni abuela de los chicos. Sino una persona que estaba al lado, con quienes ellos podían contar, en el caso de que pasara algo, como por ejemplo, no poder abrir la puerta de la casa por el olvido de una llave o por la oxidación de la misma. Ella les iba a abrir la puerta, les convidaría algo para tomar, y se quedaría cerca hasta que alguno de los dos, padre o madre, llegara con un juego de llaves que funcionara. Novio estaba contento de ver a su novia con una sonrisa, solo reparaba en eso, no en el trabajo, en el dinero, en el pasatiempo que tenía.

Su relación con ella sí era de hola y chau, de cierta falta de expansión del lenguaje, pese a que, si se levantaba a las doce de la noche, podía reconocer su sombra en Corazón Negro, desde su cama.

Así fue que subieron el médano, lo bajaron y llegaron a la orilla.

Al principio, cada uno comenzó a caminar como si fuesen fósforos que se encienden a destiempo. Hasta que se quedaron en un centro imaginario de la arena y se acostaron.

La novia sintió que en su corazón más que válvulas había cuerdas y que sonaba gracias a la respiración que eran las manos de fantasía que lo rasgaban. Con ese sonido reparó en las estrellas, en lo común, que es el cielo que ilumina a toda la humanidad. Y lo único que pronunció hacia adentro fue “Trata de entender las luces de una vez”.

## Arte en el agua

Al día siguiente de noche estrellada todos quisieron regresar a la playa, y, como era fin de semana, podían darse el gusto.

Fueron a la tarde, como nunca habían ido y eso que hacía muchos años vivían en el mismo lugar. El tema es que cada uno tenía una vida que no se cruzaba con quien estaba al lado. La novia se había cansado de escuchar a su hija “No puedo creer que les guste este lugar, repleto de perros y silencio” y, en cambio de salir a pasear por ahí, como cualquier chica, se quedaba en su casa esperando algo que no tenía. El hijo del medio, se amoldaba a los requerimientos dichos y nos dichos por la novia y el papá. Por ejemplo, si la madre estaba limpiando la casa, él se daba cuenta que molestaba, porque era chica y no había espacio para que estuviera un rato solo, entonces, directamente decía “me voy un rato al mar y vuelvo a la hora de almorzar” y el hijo menor, el del aire agradecido, era parte de ese mismo paisaje que lo había curado, podía merodear de aquí para allá como si estuviese en el agua, en una pileta eterna, en la que sin hacer pie, llegaba a cualquier lado. El novio era más reticente, cada tanto hacía un chiste “hace cuánto que no caminamos solos, a la luz de la luna, pensar que es la misma que vimos cuando nos conocimos”. Pero más allá de estas frases, ninguno había coincidido o decidido estar con otro.

La tarde estaba hermosa, entonces mientras preparaban el bolso con una lona, un termo con agua caliente para el mate y unas galletitas, la hija más grande le comentó:

\_ Me cae bien la vecina. No puedo entender que se hayan hecho tan amigas desde que nos fuimos con papá.

El hijo del medio:

\_ Qué les parece si también vamos con el perro para que se distraiga y salga un poco de la casa.

El hijo menor:

\_ ¿Falta mucho, má, cuándo nos vamos?

Y el novio se sumó a último momento:

\_ Ya que estamos llevo unas paletas y jugamos.

Los cuatro la pasaron a buscar a la vecina y se fueron. Cuando llegaron, estiraron unas lonas y se quedaron echados, mirando la poca gente pasar.

La amiga notaba que la vecina estaba más callada de lo habitual, quizá porque se estaba acostumbrando a convivir entre los demás. O quizá extrañaba algo de las tardes compartidas, previas al trabajo y la familia, no podía saberlo si la vecina no se lo decía. Eran interpretaciones de gestos, nada más. Y, en un momento dado, quedaron sentadas espalda con espalda y cada una, por separado, comenzó a hacer muñecos con arena, como si jugaran con el hijo menor de amiga, con ellas mismas o entre ellas cuando eran pequeñas.

## Orilla

Podría ser el nombre de lo que la novia, madre, amiga y empleada había querido lograr. Algo así como sentirse a salvo de su historia, al darse cuenta que no entraba en una habitación, en la que ya su madre no estaba, pero había quedado algo parecido a una ráfaga de viento helado del lado de la cama en la que dormía y se daba cuenta porque el padre, ni siquiera podía tocar ese rincón, pasar la mano, sobre una sábana que no se había sacado. Ella tenía que dejar que su padre se quedara con ese dolor porque quién ella para indicar cómo se hacían las cosas de una casa si nunca había visto a su madre cambiarlas. Quizá porque no tenían otras, o las sacaba, rápidamente, las lavaba, las tendía al sol, y las volvía a colocar antes de que ella llegara del colegio. Los dos niveles y medio en que la vio crecer de tamaño. Jardín, primaria y parte de la escuela secundaria. Alargarse como esos pastos que crecían porque sí en la puerta de la casa, sin razón, con unas ganas locas de desplegar todo su esplendor, de simple flor amarilla, de sapo.

Pero también de la del novio, dentro de ese castillo para un chico solo, que había conocido y disfrutado, hasta que nacieron sus hijos porque terminó limpiando, cocinando y barriendo el piso, por el que caminaban todos, por el mismo que ella había caminado y no había limpiado, mientras era novia, simplemente, princesa de ese chico solitario. Y de la tinta negra que salía por la piel de madre, cuando los días se volvían siempre iguales, en un ir y venir de obligaciones que asumir, enfermedades por curar, tareas por realizar. Ese también podía ser un vestido largo y espeso, como la sábana de sus padres, que no llegaba a abrirla del todo, la había asfixiado.

Por eso, tuvo la astucia de la virgen que tenía en a la puerta de su casa de infancia que no miraba a nadie, a lo sumo los zapatos, ella le levantó los ojos y pudo ver los de su novio y decirle “estás viejo, ándate a disfrutar” y fue así que, en ese lapso de diez días, ella se asomó a la ventana de su casa y divisó a su vecina porque la hizo acordar a otra, con quien iba y volvía a la escuela e interpretó que, podía convertirse en una amiga, por el simple hecho de que sus cuerpos sonreían cada vez que se encontraban.

El espíritu de ese borde fue Corazón Negro, como las profundidades del mar, pero en el fondo de donde se duerme y se puede caminar descalzo sin hundirse para buscar un vaso de agua fresca en la heladera.

Era el sillón desde el que el vio los caballos de mar realizados con arena por los niños; la fragilidad de las torres, que de tan altas, en cualquier momento se desarmaban; los torsos desnudos de los hombres como si tuvieran cola de pez; las mujeres sentadas en las rocas, con anteojos de sol, y las piernas refrescándose en el agua; la espuma, esas burbujas que pareciera que contienen la respiración de algas y animales, como si fueran mensajes que indican existencias. Aunque no las haya visto, cree que son ellos, parecidos al amor que sintió por los demás, una vez que se encontró con una parte de sí misma. La que la invitó a dejarse llevar y convencerse de que querer era algo especial.

**CINCO**

## De la madre de la novia, madre, amiga y empleada

Nadie supo nada más. Excepto noticias, pequeñas gotas de agua que llegaban de no se sabía dónde. La salpicaban. Una conocida, una vez, había hablado por un teléfono entrecortado con el padre, diciéndole que estaba allí, con ella, que deseaba descansar, tomarse un tiempo para pensar, que estaba bien. Y otra que, por el contrario, negaba la posibilidad de que estuviera en otro país o en la casa de alguien, puesto que había corroborado verla en una institución en la que se refugian los ancianos cuando olvidan, casi todo, excepto su nombre.

La novia, madre, empleada y amiga no tenía problemas en pronunciar la palabra hija, en cuanto se refería a la que había tenido ella, pero, en cambio, ese término no le era familiar en cuanto a su propia historia. Porque, desde muy pequeña, su madre había sentido una especie de manta que la tapaba por partes, estaba pero costaba sentirse cómoda, abrigada.

Durante mucho tiempo estuvo enojada. Sobre todo cuando no daba abasto con sus bebés. Hasta que un día se cansó, pateó un balde vacío, hueco, inútil y dejó que rodara sola, hasta romperse la relación con su madre.

Una tarde soleada de un mes de septiembre, cuando ya vivía sola, sus hijos se habían independizado, tomó coraje y quiso ir hasta esa casa, en la que le habían dicho que estaba. Tomó un micro, como el que había tomado su novio con sus tres hijos, tantos años atrás. Viajó sola, ni siquiera quiso que la acompañara su vecina, quien se había ofrecido a estar para lo que necesitara.

Cuando llegó, un hombre, robusto con un delantal, abrió un gran portón, ella preguntó por su madre y él le contestó que pasara y esperara a que la llamara. En ese lapso, observó un sillón marrón con antebrazos de madera, una televisión, dos o tres cuadros con flores y una larga mesa junto a un sin fin de sillas. Como si fuera un jardín de infantes para personas con piernas largas.

Cuando se acercó, estaba igualita a como la había visto por última vez, con el mismo corte de pelo, las prendas que la caracterizaban: una pollera, una camisa, una mañanita y zapatos cómodos, pero esta vez con un bastón y se sentó al lado de quien había ido a visitarla y le estudió la cara, como quien examina un frasco en la vitrina de un museo, como a un musgo, una piedra, un animal que había nacido con una protuberancia rara.

Y la observada preguntó:

- \_ ¿Te acordás de mí?
- \_ No. Quién sos.
- \_ Tu hija, mamá.

Y frente a esta respuesta, si bien sintió ganas de no verla nunca más, también reconoció sus ojos de perrito, como el que había adoptado y seguía junto a ella. Entonces, en ese instante, supo que la visitaría cada vez que pudiera para que ganara confianza y se dejara tocar la cabeza, el pelo, los rulitos.

## **Padre de la novia, madre, amiga y empleada**

El mismo viaje que hizo para ver a su madre, lo aprovechó para visitar a su padre, en su casa de infancia.

Con él se enviaban cartas, porque su padre no tenía teléfono pero sí dirección postal. Ella le escribía una por año, muy larga, que contenía fragmentos vívidos de días. Como por ejemplo, escribía “Hoy comimos fideos, no sabés qué rica me salió la salsa; o tu nieta mayor se hizo de una nueva amiga y la describía lo mejor que podía; a tu nieto se le cayó un diente; no sabés lo mimoso que es tu nietito, todo el día upa quiere, voy a ser la mujer más joven con joroba”. En cambio, su padre le mandaba siempre la misma notita “Espero que anden bien, te quiero mucho, saludos de mi parte para todos”. Y le ponía una florcita silvestre, que, seguramente arrancaba de la puerta de la casa.

En diciembre iba a ser un año que no tenía noticias de él. Así fue que llegó en un taxi, bajó, golpeó las palmas de las manos pero nadie salió. Entonces se apresuró por entrar, desajustando una cadena, y vio que su infancia estaba intacta, solo que un poco más sucia y descascarada. El baño, la cama grande, la pequeñita, el ropero, la cómoda, la garrafa, la vajilla.

Se sentó alrededor de la mesa, puso a calentar el agua para un mate, lo tomó pero su padre no llegó.

Después de una hora salió y preguntó a los vecinos para saber si lo habían visto, si sabían algo. Y ellos le dijeron que hacía un montón de tiempo no lo veían en el barrio, que antes sí, continuamente, haciendo mandados, yendo a la iglesia, pagando alguna cuenta, tomando un poco de sol. Cuando ella preguntó, más o menos si se acordaban cuánto tiempo creían que había pasado, respondían “hará un mes o dos”.

Y fue así que se puso a llorar de una manera desconsolada. Pensó lo peor, porque no tenía otro lugar a dónde irse, le resultaba imposible que, con sus años y su dificultad para caminar hubiera emprendido el regreso a Paraguay, su país de origen, sobre todo, sin haberle avisado a ella.

Lo único que hizo esa vez, porque luego se sucedieron muchas más, en las que tuvo que volver para mantener reuniones con especialistas para hablar de las deudas que tenían algunos servicios, como así también, qué harían con la propiedad en caso de no aparecer el paradero, fue revisar los cajones, no sabía bien para qué, quizá encontraba una carta final, o algo que pudiera servirle como pista.

Pero no, lo único que se llevó fue el portarretratos que contenía la foto de cuando era bebé y su cajita con hebillas. Cuando la abrió, algunas estaban rotas, otras quebradas, otras intactas. Pensó que, probablemente, así eran los recuerdos y apretó sobre su pecho sus dos pertenencias, con la fuerza de quien sostiene a un bebé. Se sostuvo. Y salió de la habitación que había sido su casa.

## La Madre y el padre de él

Cuando su hijo, su novia y sus hijos se fueron a vivir al mar, sintieron que la casa se achicaba. Al revés de lo que cualquier persona pensaría, puesto que quedaba una habitación vacía y no había tantas personas yendo y viniendo. Algo entre ellos, se estrechó: las paredes, el techo, las ventanas, las puertas, las canillas. Como si su propia casa les demostrara, al fin, que también podía ser una especie de traje o vestido que les quedara al cuerpo y se vieran elegantes. Así fue que les dieron ganas de volverla a habitar, en vez de salir a primera hora de la mañana y regresar a última de la tarde. Simplemente estar. Ellos no eran de sacar temas de conversación, sino mirarse y preguntarse “qué comemos hoy”, esa era una especie de campana que sonaba, una vez por día, para saber que seguían juntos.

Del hijo se acordaban a veces. Sobre todo los fines de semana, cuando el tiempo se hacía más largo, como una bufanda que podía abrigar a alguien más. La manera de evocarlo era imaginándolo en tres momentos: el primer día, cuando nació, llorón. El segundo, cuando comenzó el jardín y no quería quedarse. Y el tercero, cuando ya estaba con su novia, y por suerte habitaba junto a ella esa casa de príncipes y princesas. Por un lado, agradecían su presencia, al tiempo que la maldecían por haberse opuesto a realizar, lo que ellos consideraban “mínimas cosas” a cambio de abrir la heladera cuando quisiera y salir al jardín a tomar sol.

De sus nietos se acordaban para los cumpleaños, en los que los llamaban por teléfono, y cuando salían a caminar por el barrio y veían flores en los canteros, cada uno por separado, se preguntaba “cómo estarán”, pero era una pregunta, que quedaba flotando en sus mentes como si fuera papel picado dentro de una eterna piñata, sin respuesta. Porque quizá no la tenía o no se animaban a que apareciera. Por ejemplo, dudaban de ir a visitarlos por temor a no ser bien recibidos. No por los chicos, que eran esas flores que tanto color le dan a las fachadas, sino por la madre y el padre. No querían generar una tensión, inflar esa misma piñata hasta que estallara la relación y provocara un estruendo enorme, podía despertar las relaciones, tal cual se habían dado, y mutar, vaya a saber con qué forma. Preferían no verla porque eran convencionales. No les agradaban las deformidades: los gritos. Los reclamos. Los pedidos. Les gustaba la calma, el silencio, el confort. Con su hijo y su decencia cerca de ellos o no. Creían que habían hecho todo lo que estaba a su alcance. Tampoco, se les había dado por llamarlos e invitar a su hijo y los chicos para las vacaciones, porque pensaban “para qué les vamos a decir que vengan, es una forma de ponerlos en contra de su mamá”. Era mejor dejar las cosas como estaban. Ni oscuras ni claras.

Así fue que se jubilaron y recién, ahí, fue que, con ese tiempo total, se les ocurrió invitar a la nieta mayor, que era con quien más relación habían tenido. Y la transformaron en su consentida. Ella fue muy feliz con ellos porque sintió que encajaba en una casa que se ubicaba en un lugar con mayores posibilidades. En cambio, de estar entre perros y en silencio. Desde ese entonces, a su mamá la extrañó de una manera extraña. Porque nunca entendió cómo había decidido cambiar un castillo por una habitación de servicio. Aunque su hermano había estado enfermo, no entendía cómo no habían encontrado una solución, cerca de una ciudad residencial.

Ella y él

Cuando los hijos se fueron a vivir cada uno por su lado, se preguntaron qué les iría a pasar estando solos. Y, en cambio de apurarse a responder, lo que siempre habían hecho a partir del sinfín de tareas que tenían que realizar a diario, decidieron encarnar la palabra que los había caracterizado toda la vida, puesto que nunca se casaron: no-via/no-vio, no ver lo que vivían sino solo sentir, con los ojos cerrados.

Ella tocó la mano de él y le dijo:

\_ Está tan arrugada que parece una ruina marina o romana.

Él:

\_ Señalá los elementos.

\_ En la punta de los dedos hay animales petrificados. En la palma un hoyo profundo de agua. En las uñas pequeñas piedras preciosas. En la parte de arriba incipientes columnas.

Él tocó su cara y le dijo:

\_ Estas son las arrugas de tu frente y esta es tu sonrisa.

Así inauguraron una etapa a tiendas. Por la que siguieron recorriendo el cabello, el cuello, la espalda, el pecho, los brazos, el pubis, los genitales, las caderas, las piernas y los pies de cada uno, mientras escucharon el murmullo del mar, que se hizo presente cuando dejaron de escuchar la puerta que se abría y cerraba, el movimiento incesante de la vajilla, la radio, la tele, las mochilas de los chicos puestas de una manera fuerte sobre la mesa, como queriendo avisar que habían llegado a la casa.

En esa parte se detuvieron. Se recostaron en la cama y colocaron las plantas de los pies, unas sobre otras. Desde el techo, sus cuerpos, parecían un rombo, un barrilete color piel, que descansa después de haber estado remontando el viento. De cerca un ojo entreabierto. Pensaron que esa sería una manera nueva de mirar, ni extenuada ni totalmente alerta, y, con esa percepción, se vistieron con lo primero que encontraron y fueron al mar, sin tener que regresar a una hora en particular.

Cuando abrieron la puerta, vieron que combinaban entre sí, sus ropas, el movimiento del pelo, cierto balanceo, levemente inclinado hacia adelante.

Cuando llegaron, agarraron un palo con el que apoyarse y emprendieron la caminata.

Lo que se dijeron no se sabrá. Solo especulaciones:

\_ La nube rosa.

\_ El cielo claro.

\_ Allá, mirá.

\_ Parece que regurgitara el agua.

\_ Estos pescadores.

\_ Quedan mimetizadas las cañas en el agua.

\_ Las piedras grises, marrones, negras, qué tapanán.

\_ Los berberechos.

\_ ¡Las almejas bebé!

Cuando se perdieron en el horizonte, se veía una pisada y el hueco de una rama, como si fuesen las huellas de dos seres, mitad pájaros, mitad humanos, acostumbrados a migrar.

## Hija

Al vivir con los abuelos sintió que no había tenido los padres que ella quería, pero sí abuelos. Se veía en sus rostros, en la comida que elegían, en cómo se vestían, en las palabras que usaban, en cómo se recostaban en el sillón para descansar.

Se habían recibido de contadores y habían realizado una infinidad de cálculos hasta que la ley los autorizó y les dijo “basta, váyanse de acá, de este estudio contable, no los queremos ver más”.

Era el turno de ella, por eso, sus abuelos le insistieron para que comenzara una carrera universitaria, y probó varias: medicina, veterinaria, hasta que realizó la carrera de enfermería, pese a que sus abuelos, vieron en esa elección cierta distracción de la nieta para con las matemáticas, puesto que de haber sido aplicada, según ellos, podía haber sido doctora. Para la nieta, no fue la falta de entendimiento y concentración sino, cierta necesidad de seguir una labor principal, quizá como lo había hecho con su familia de origen, en la que había acompañado la decisión de sus padres a mudarse para que se curara su hermano. No le hubiese quedado otra opción, porque a la edad en la que se había ido no hubiese podido decidir otra cosa, solo que, cuando fue más grande, se dio cuenta, a partir de la profesión, de que no era tan malo ayudar.

La abuela, con los años, y también el abuelo, se contentaron porque la consultaban más que a sus propios médicos de cabecera.

Ella vivió siempre con ellos hasta que fallecieron, momento en el cual, tuvieron que poner en venta la casa, que iba a heredar solo su papá porque no había tenido hermanos.

Antes de que eso ocurriera, vivió sola en ese castillo. Fue una princesa enfermera, a la que todo el barrio acudía para solicitarle inyecciones, atención de enfermos nocturnos, cuidados intensivos de saturación en sangre y colocación adecuada de tubos de oxígeno.

Con el tiempo, su cara torva, su vestimenta anticuada, puesto que había comenzado a usar prendas pintorescas de su abuela, su deambular sigiloso, como si fuera una modelo en los pasillos de un quirófano, comenzaron a aflojarse y empezó a sonreír.

Recién en ese momento, las personas que habían conocido a su madre, le encontraron un parecido. Estaban unidas por un gesto que la hija incorporó siendo muy grande.

No se sabe si a partir de allí, antes o después, o quizá por otra cosa, conoció a un joven, que era mecánico y se enamoraron. Ambos compartían el amor por los detalles: el cuerpo humano y los autos. Y los instrumentos a partir de los cuales medir: la fiebre, la presión arterial, el aire en las gomas y el nivel de agua y aceite del motor. Ambos se sentían imprescindibles para cosas importantes: vivir y andar.

Una vez que el padre de ella vendió la casa, le compró un terreno, en el que ella y su novio pudieron construir, de a poco, su casa. Cuando vivió en ella entendió a su mamá. Ella entraba y salía de la habitación casa con zapatos de taco color azul, y un maletín. Así, hasta que la fueron ampliando, desde el primer día colocaron una chapa de bronce que decía: Enfermera & Mecánico. No tuvieron hijos. Solo recibieron clientes, pacientes y bombones.

## El hijo del medio

Terminó la escuela secundaria, en la única que había en el balneario. E, inmediatamente, comenzó a ayudar al padre con los trabajos de albañilería hasta que aprendió el oficio y comenzó a ganar dinero con el que salir con los amigos los fines de semana a los flippers, al bowling y al pool; tomar cerveza, helados y comer pizza.

A los veinticinco, una vez que supo a la perfección cementar paredes, colocar planchas de durlock, tejas y lajas en caminos, quiso probar poner su propio negocio. Así fue que comenzó a elaborar y vender panificados. Luego, conoció a un hombre que le vendía harina muy barata, lo que le permitió hacer cada vez más pan a bajo costo y, al tener tanta cantidad, buscó hasta encontrar dónde venderla. Y lo consiguió, halló un comedor escondido entre álamos y médanos, a la vera de la ruta que comunicaba dos ciudades importantes. Cada vez que llevaba el alimento, en la camioneta usada que pudo comprar, con el tiempo, sentía que pertenecía a una familia infinita. Entonces, adoptó ese lugar, no solamente para hacer negocios, sino también, para pasar su tiempo libre. Quienes lo dirigían le decían:

\_ Dale, cuando termines el sábado con eso, venite. Que vamos a estar acá, cocinando, sirviendo, limpiando.

Entonces, él terminaba con lo que tenía que hacer, y arrancaba para allá, a muy pocos kilómetros de donde había pasado casi toda su historia. Ahora se ampliaba.

Después de pasar así varios años, se preguntaron junto con los muchachos y las muchachas que llevaban adelante la organización, si no podían avanzar en la concreción de otras cosas, que no fueran solamente la disposición de cacerolas y platos sobre las mesas. Así fue que se les ocurrió: por un lado crear un club, para que los chicos y las chicas hicieran deporte, sobre todo fútbol, que es un juego que permite estar atento a los pases, ser ágil en cuanto a las decisiones a tomar y era también, una filosofía de vida. Porque lo que uno tenía, al instante, gracias al esfuerzo, el trabajo y la constancia, podía ser de otro; sin desconocer que, la emoción más grande era cuando ganaba el equipo en su conjunto. Por otro, una plaza que fue una idea maravillosa, por varios motivos: el primero, porque fue donde se juntaron, sin saber, qué chicos tenían o no tenían cosas. Los igualó en cuanto a risas, golpes, y deseos de subirse y probar cada uno de los juegos. El segundo, porque fue allí donde se comenzaron a festejar casamientos, bautizos, comuniones. Con lo cual, en la plaza del pueblo siempre había música, baile y algo para picar, y el tercero, fue que los mismos juegos fueron inventos a partir de trastes, cachivaches, cosas viejas que cada uno tenía arrumbadas en el fondo de su casa que se convirtieron en asombrosas. Por ejemplo, el barco azul iluminado, que era una embarcación que estaba pinchada, ya nos servía para usarla en altamar, la pintaron y le pusieron una hilera de lucecitas. A los chicos les encantaba conocerla sin tenerse que marear. Después realizaron el circuito de las hamacas rosadas enfrentadas, con sillas viejas, todas distintas, a las que les cortaron las patas, les colocaron cadenas y las atornillaron a palos que pintaron de color verde, como si fueran los tallos de capullos en los que las personas se divertían. Así mismo, formaron el camino de los espejos para que los árboles, las nubes, el sol, las estrellas y los pájaros se reflejaran y multiplicaran, y el de los cacharros plateados para que cada uno pudiera ir con su mascota, tomaran agua y se conocieran con otras.

Lo que ocurrió con esta plaza, cuyo nombre fue “Azul Rosa Verde y Plateada”, y con las otras iniciativas fue que, un funcionario que necesitaba “gente” para las fotos de su campaña, las cooptó. Y, de a poco, las ganas, el deseo, y el amor se mezcló con intereses, especulaciones, proyecciones a futuro. En ese momento, el hijo del medio se dio cuenta que no podía mediar entre el trabajo que habían inventado y los resultados que pretendían los funcionarios. No encontraba un puente para pasar de un lado al otro, de lo que podría ser una misma plataforma política o idea. Y se deprimió.

Fueron muchos años en los que le costó salir de su casa, que era una habitación, con baño y cocina atrás del local donde vendía pan.

Hasta que una madrugada en la que no sabía qué hacer con el sinsentido que tenía la vida, salió de su casa y, en cambio de hacer cualquier cosa que no tuviera vuelta atrás, caminó hasta la plaza, se sentó en una hamaca, encendió un cigarrillo y, mientras contemplaba lo realizado, pensó en darle una oportunidad, no tanto a la esperanza que habían sentido mientras ideaban cada uno de los espacios, sino a volver a ver a alguien divirtiéndose. No sabía cómo iba a seguir ni qué cosas volvería o no a hacer. Pero, cuando apagó el cigarrillo, decidió que terminara, en ese mismo instante, un dolor inútil.

## El hijo menor

Conoció, mientras cursaba la escuela secundaria, a una señora que había quedado viuda y tuvo que salir a trabajar de lo único que tenía y sabía: alquilar caballos durante la temporada, los feriados y los fines de semana.

Este esparcimiento llevaba un trabajo enorme: arrear los animales del campo al mar, del mar al campo, antes y después hacerlos pastar, descansar, tomar agua, bañarlos, llamar al veterinario para que analizara la salud de cada uno.

En paralelo, ella tenía una casa, y tres hijos, a los cuales atender, dar de comer, llevarlos e irlos a buscar a la única escuela. Y así, sucesivamente no daba más.

Un día se cruzaron, cuando él volvía del colegio se quedó mirándolos y le dijo:

\_ Me encantan.

\_ ¿En serio?

\_ Sí, creo que desde siempre, incluso antes de haber venido acá.

\_ De dónde sos.

\_ Hasta mis dos años vivimos en una localidad cercana a la capital de la provincia, pero como me enfermé de los bronquios, tuvimos que mudarnos por recomendación de los médicos.

\_ Ah, y ¿alguna vez los montaste?

\_ No.

\_ ¿Querés que te enseñe? ¿Te gustaría probar?

\_ Sí.

\_ Entonces, andá a avisar en tu casa, dejá tus cosas y vení. Yo no me puedo ir a ningún lado, es la hora en la que pastan.

Así fue que llegó a su casa, no le avisó a nadie porque su madre y su padre a esa hora del mediodía trabajaban y volvió al lugar en el que estaba “la terrateniente”, como él la llamó, porque le parecía, por cómo estaba vestida, que era dueña de los caballos, y, seguramente, también de la tierra en la que estos animales dormían.

Así fue que, de apoco, le enseñó, él aprendió enseguida y se convirtió en la mano derecha, por así decirlo, de la señora viuda.

Tuvo un espacio donde vivir dentro del campo en el que ella vivía, y parecía no necesitar nada más que un tiempo para pasear con quién quisiera y donde quisiera.

Ella lo aceptó, y él, con el tiempo, se encargó de crear los paseos diurnos y nocturnos para los turistas.

Eso sí, cuando no era temporada, ni feriados, ni fines de semana, se armaba una mochila con un poco de comida, bebida, y un equipo pequeño de música para escuchar, una vez que llegaba a caballo a un lugar que le parecía extraordinario.

De todos, tuvo predilección por uno color marrón claro, casi miel, que se llamaba Gualicho, lo quiso como propio, porque con él compartió lo más profundo de su ser: el silencio, sus canciones favoritas, sus pensamientos sin demasiado sentido. Eso era lo que él creía, no le gustaba tanto deliberar sino mirar alrededor, paso a paso, para darse cuenta cuándo era el momento de proponer una siesta o un galope a quien lo guió por lugares insospechados, que todos creían conocer, pero no.

## La vecina de mar

Con el tiempo, dado que necesitaron más espacio para llevar adelante la producción de tortas, vestidos, y el cuidado de los bebés verdes, transformó toda su casa en Corazón Negro, de modo tal que, la guarida que tenían entre las dos quedara como un tesoro, en un punto intermedio entre ambas casas y la de ella, excepto el baño y su habitación, abierta al público.

En este sentido, lo que hizo fue: pintarla por fuera de negro, el techo de rosa, las ventanas de color amarillo. Y por dentro: en la habitación que era de los padres, creó la de los vestidos; despejó el comedor y dispuso una mesa larga donde exhibir comestibles y, en la parte de adelante, ni bien las personas ingresaban, se encontraban con los brotes silvestres en guarda.

Corazón estaba abierto cuatro horas por día porque sabía que, para que pudiera atender de una manera amable a las personas que se acercaban, tenía que comer, descansar y disponer de un tiempo en el que probar relaciones entre distintas superficies y la pintura. Además de llevar el diario íntimo con su amiga, comenzó uno nuevo titulado “superficialidades y profundidades” en el que registraba los contactos que se producían entre los soportes -rígidos- y la materialidad -líquida-. Así fue que probó con: tejas, fragmentos de durlock, maderas, piedras y nylons que encontraba tirados, al lado de los cestos de basura y en las obras en construcción. Y analizó que, cuanto más duro era el material sobre el que pintar, más impenetrable al color era, más pintura llevaba, más forzaba la mano a sostener el pincel con el que cubrirlo. Y así establecía paralelismos entre el mundo inerte y los vínculos afectivos. Aprendía el cariño o falta de él, a partir de las herramientas de trabajo. Por ejemplo, cuando descubrió la dificultad de cubrir un cuerpo duro, se preguntó si los niños que estaban internados en los hogares, se dejarían tapar por las noches o no. Y, decidió, averiguarlo, invitándolos a Corazón Negro, con la intención de ablandar el porvenir.

Gracias al hijo del medio de su amiga, quien la llevó en camioneta hasta el único hogar de niños expósitos que existía en el balneario, que además conocía por la organización en la que había trabajado, comenzaron a realizar paseos de fin de semana.

Primero hacia Corazón Negro para que jugaran, se mancharan con pintura, la observaran y luego, organizaron para que visitaran la playa como cualquier otro chico que tenía familia para llevarlos. A medida que ganaban confianza, fueron llevando más y más. El límite fue treinta, porque eran dos adultos para cuidarlos.

Los iban a buscar los sábados de los meses de enero muy temprano. Habían convenido con las autoridades del lugar que, cada uno, previamente, debía tener puesta la maya, el protector y una mochila preparada con: toalla, ojotas, muda de ropa y abrigo. Y recién ahí, cuando chequeaban que estuvieran listos, los hacían subir a la camioneta. Que estacionaba en Corazón Negro y de ahí se iban caminando en fila india.

Esa actividad, paseo, reunión la realizaron hasta que fueron viejitos, y se convirtieron en “abuelos” de los siempre chicos.

Cualquier persona que camine por ahí, si observa con atención, verá que esos leves montículos de arena, cada muy pocos milímetros descienden. Esas fueron las pisadas de los huérfanos, acompañados por dos personas, que los hicieron conocer el mar que estaba

a menos de treinta cuadras de donde vivían. A todos y a cada uno, los cubrió el agua y el sol.

## El perro

Que ella había adoptado, aquella vez que había caminando hasta el pueblo y había vuelto, para buscar trabajo, vivió con la familia mucho tiempo.

Cuando fue cachorro comía al lado de la cama matrimonial, en una alfombra colocada a los pies de la cama. Si no, no comía. No le gustaba otro lugar que no fuera ese, vaya a saber por qué, hay tantas cosas sobre el gusto que se desconocen. Su historia invisible. Durante el día, donde lo ponían se quedaba, casi siempre sobre la cama de alguno de los chicos, al lado de la cocina que solía estar oscuro, excepto por los rayos de sol que pasaban por la única ventana. La novia suponía que era el espacio de la casa más parecido al útero de una mujer que se quedó dormida en el campo un mediodía.

En la misma posición se quedaba hasta que los chicos volvían de la escuela y lo alzaban para que hiciera sus necesidades afuera.

A medida que fue creciendo, su comportamiento cambió. Le gustaba dormir en la misma cama de los chicos, debajo de las sábanas y las frazadas; cuando ellos salían, él también, se la pasaba yendo y viniendo entre la casa y el jardín: olfateaba, observaba algún pájaro, se echaba a descansar sobre cualquier laja caliente.

De adulto, adquirió una contextura mediana, delgada, y su personalidad fue observadora, mimosa y callada.

Cuando la novia y el novio volvieron a vivir solos de nuevo, tuvieron la rutina de llevarlo con ellos a caminar cerca del mar. Y, pese a que ya estaba un poco viejito, igual le gustaba encontrar palos y llevárselos a la boca, y si le tiraban alguna pelota, la atrapaba, aunque con más dificultad.

La novia, cada vez que se la alcanzaba, le decía “qué perro bueno resultaste ser vos. Nunca un problema. Todas alegrías”.

Y, cada vez que se le acercaba no podía dejar de relacionar sus ojos con los de su mamá. El parecido en ellos y el pelo corto e inclinado hacia los costados, como si fuesen rulos u olas que no llegaban a arremolinarse completamente.

Le gustaba pensar que era una versión de la madre, que el mundo humano y animal podían cruzarse, gracias a las caricias, los comportamientos impartidos, la compañía que se habían hecho unos con otros. Con esa creencia lo abrazaba. Además, él sí se dejaba, no como la mamá que desconfiaba porque había olvidado la unión filial. La confianza, al final, era la clave de la familiaridad.

Después de jugar veían pasar a otras parejas que llevaban a sus perros con correa. Casi todos ladraban. ¿Sería porque les tironeaba la soga? ¿Los excitaba el movimiento del mar? ¿Les daba curiosidad encontrarse con otros perros? O ¿Expresarían de esa manera el silencio, los pensamientos, las incógnitas, los miedos, los sueños de sus dueños?

Antes de regresar, los tres se quedaban mirando el mar. La línea delgada que los separaba de la mirada de los animales con sus ojos atentos y brillosos. La hija, novia, madre, amiga y empleada, una de las cosas que más deseaba era imitarla.

## La vecina de infancia

Guarda en una caja, en la parte de arriba de un ropero, algunas fotos.

En una están en el jardín de infantes, las dos paradas, una al lado de la otra. Con un pintor cuadrillé, blanco y rosa. La vecina está peinada con una trenza tirante, en la que su padre había entrelazado, a su vez, cintas de colores. Y dos horquillas, para que no se escaparan los pelos de al lado de las orejas. En la foto no se ven los zapatos, el pantalón, el pulóver, ni las manos del padre para que fuera prolija y saliera bien en la foto, ni quien la saca que era un profesional contratado por la cooperadora de la escuela, cuya cara no recuerdan. En otra, ya están en la escuela primaria. La vecina maneja una bicicleta y quien vivía al lado, iba atrás, en la parrilla. Las dos tienen estiradas las piernas hacia los costados y, como saben que se pueden caer, se ríen. En la foto no se ve que la bicicleta no era de ellas, que el pelo de las dos, a esa hora, estaba sucio y revuelto, que quien saca la foto es la madre de una de ellas, antes de ir a hacer mandados para llenar los tarros de galletitas. En la última, están sentadas en el medio de las dos puertas de sus casas. Con caras de querer ver pasar algo que, en ese instante no ocurría, pero estaban convencidas de que, en cualquier momento, se iba a dar. En esa foto no se ve el chico que finalmente se convirtió en el novio de una, ni cómo estaba vestida la madre de quien la sacó o cómo se sentía, qué otras alegrías y problemas tenía.

Lo que supo de su vecina fueron ráfagas de palabras: que su madre esto, que su padre aquello otro, que la vez que fue con sus hijos a dormir a la que era su casa porque se había peleado con su novio, que se había ido a vivir muy lejos, a otra localidad.

A diferencia de ella que se quedó en su casa hasta que finalizó una carrera, se mudó, se casó, tuvo hijos, se separó y se volvió a mudar, y desde que sus hijos no vivían con ella tenía tiempo para recordar.

Sacar esa caja que llevaba tantos años guardada, destaparla, abrirla y ver que seguía igual lo que había sentido con ella. Como si fuera una flor que no vive ni en tierra, ni en agua, que no precisó de la luz de sol, que, por el contrario, quizá, fue gracias a esa mezcla de humedad y oscuridad que la mantuvo con vida en una especie de limbo rosa, nutriéndose por años, de las moras que caían de los árboles que estaban sobre la vereda. Que los amaban porque les daba frutas y, cuando ya estaba llenas, se caían y sin querer o a propósito las pisaban y dejaban rastros en forma de rostros que eran los suyos en las tardes porvenir.

A partir de ese momento, manejó hasta ese entonces y vio huellas de zapatillas, palabras en el aire, ademanes invisibles de que pasaran cosas a toda costa, en un barrio en el que solo se escuchan moscas, pájaros y chicharras. Siguió el chirrido de la llanta la bicicleta, la buscó en círculos, rayas y firuletes hacia los costados de un centro, que era la casa de las dos en la vereda, hasta que la encontró.

**FIN**

## **Tamara Domenech**

La Plata, 1976. Vive y trabaja en la Ciudad de Buenos Aires. Es Licenciada en Comunicación Social (UNLP), Diplomada en Gestión Cultural (UNSAM), Profesora del Nivel Superior (UTN), escritora, editora y artista visual.

[tiempodorado.com](http://tiempodorado.com)

[www.instagram.com/tadomenech](https://www.instagram.com/tadomenech)

[www.instagram.com/ediciones.presente](https://www.instagram.com/ediciones.presente)